

EL COJO ILUSTRADO

Año XII

15 DE FEBRERO DE 1903

Nº 268

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



CUADRO DE MARTIN TOVAR Y TOVAR

GEOMETRIA MORAL

(CAPÍTULOS DE UNA OBRA PÓSTUMA DE DON JUAN MONTALVO)



La inteligencia por sí sola nada puede: ingenios hay que llueven y no arden; ingenios claros como la nieve de los montes, que está fulgurando á la distancia y no tiene poder ninguno sobre nuestro corazón. El fuego es el símbolo del amor: donde reina el frío, las pasiones son cadavéricas, de personas imaginarias. Amar es hacer llama, quemar uno lo que toca, enviar por arte mágica serafinillos invisibles á la bóveda celeste, ó ángeles malditos al profundo. La inteligencia, sin el apoyo de la sensibilidad, es raro que apasione, si alguna vez apasiona: el ingenio encendido en la hoguera del pecho, el ingenio candente, que fulgura con una como alegría agresiva y se mueve amenazando, éste es el que abre llagas que duelen con delicia, y fuentes de las cuales brotan, saltando, placeres y desventuras. Lord Byron, inglés famoso, obtuvo más triunfos con sus poemas que Wellington con sus victorias. Poeta, y ¡qué poeta!, armado de un cuchillo de dos filos, rompe el pecho y se va á herirle al corazón en su santuario. Si ruega, ama; si se queja, ama; si llora desengaños, ama; si acaricia esperanzas, ama; ama si ofende, ama si amenaza, ama si aborrece; todo él es amor: amor sus dolores, amor sus amarguras, amor su odio. El escepticismo, esa duda infernal que le devora, anda también vestido con los vivos colores del amor: amor satánico unas veces, otras celestial; pero siempre amor. El que pudo concebir en la imaginación, y dar vida á mujeres como Gulnara, Medora, Asilea y Parisina, no pudo menos que ser una máquina viva de amor, movida por la inteligencia: máquina en cuyos secretos anda una divinidad, cuyo mecanismo es un misterio de poder y belleza, semejante á los tripodes de Homero, que se trasladan por sí mismos adonde los dioses los han menester para sus juntas más augustas, de las cuales brotan los oráculos sin necesidad de Pitonisa. Mirábanle las mujeres como un Genio á ese poeta: era un silfo de Lutecia convertido en gnomo de Teutonia, sér amable y temible al propio tiempo. Temíanle, pero se iban tras él arrastradas por un prestigio como sobrenatural. La gentileza de su persona, el ruido de su fama, lo misterioso de su vida, eran ya triunfos para él; y él, unas veces de orgullo, otras de extravagancia, les daba con las puertas en la cara, si cabe la expresión, á las curiosas que hacían por conocerle. Llegando á Milán, ciudad galante y rica, lord Byron metió más ruido que un monarca: su

calle estaba de continuo atestada de gente para verle cuando saliera: Byron en los palacios, Byron en las casas de moda. El noble lord no honraba con su presencia sino las de mayor suposición, y se estaba allí un instante, fingiendo adustez y silencio. Cuando salía, las señoritas, escondidas tras las puertas ó las columnas del patio, le seguían con los ojos á ese hombre pálido, erguido, que iba despacio, claudicando elegantemente. Ese era Childe Harold; ese el conde Manfredo; ese el Corsario; ese Lara: Lara, personaje aterrante, que no sabemos quién es ni de dónde ha venido; Conrado, el sombrío pirata que tiene su trono de amor en una roca agreste; Manfredo, que trata con los recónditos espíritus de la naturaleza, y devora en negro silencio la sangre de Astarte; Childe Harold, el viajero hermoso que va cantando en divinos versos las virtudes y los vicios, los triunfos y las caídas del género humano, y lleva su último paso á Roma, sepulcro de la tierra. Sus lamentaciones melodiosas enfrente del sepulcro de Cecilia Metela; sus ayes profundos á media noche entre los gritos de la lechuzca que asorda las ruinas del Coliseo; sus apóstrofes sublimes al Monte Aventino, son, ciertamente, voces de un dios nocturno, que anda infundiendo pavor amoroso y una como curiosidad infinita en los mortales.

Byron causaba terror á las mujeres, pero ese terror empapado en admiración, que cada día está en vispera de ser amor apasionado. Sus desdenes eran otro incentivo: para visitar á una y volvernos interesantes, lo mejor es fingir desprecio por ella: de la cólera pasa al deseo de venganza, y la venganza ha parado muchas veces en el más suave é íntimo cariño. En tratando las cosas como se debe, el que no es lerdo le habrá cortado el ombligo á la princesa más altiva y rostrituerta, con ponerla en las niñas de sus ojos. La furia de la paloma que da sus vueltas y picotea amenazando, todo es poesía: el arco iris arrollado en su cuello, le comunica mil tenues resplandores: el pecho, sobresaliente con esa pluma fina y abullada, es el pórtico de la voluptuosidad: los ojos, chispeando inquietos, son promesas de apaciguamiento y dichosa bonanza: así es la mujer: no hay más que tirarle con gracia unas miguitas de pan, de dulce, ó unos granitos de trigo candeal, ó pasarle la mano blandamente por la golilla: ese demonio que ahora poco se tragaba el cielo y el infierno, es un pichoncito desvalido que no quiere sino le abriguen en el seno. No hablamos aquí de la gigante Andandona, que gusta de segarle la gola al más pintado; ni de la reina Falabra, que se lleva á su marido, montado en un lobo sin cabeza, á degollarle en una cueva; ni de la brava ateniense que le echa un cántaro de agua á la cabeza al más pacífico é inalterable de los hijos de

Adán: hablamos de esas niñas sensitivas que no desean sino entrar en razón y perdonar, dar la mano para que uno se la rompa á besos, y soltar la voz á dulces quejas empapadas en lágrimas. ¡Si yo doy con una Gorgona, vaya al demonio, cómase su furia, bébase su bilis! Al tigre no le ablandan caricias ni le embellesan cultos decires.

Iba á referir que lord Byron fue invitado á un sarao de lo más florido de Milán; sarao dispuesto en honor suyo. Condesas de Monteleone, Marquesas de Palavicini, señoritas entre las cuales brillaban ferrosuras como la reina Pintiquiniestra, todo estaba junto en un palacio. Byron, por cierto, fue tarde, muy tarde; ni podía ser de los primeros; entró como un príncipe de la India ó un emperador Moctezuma, majestuoso y callado: ¡y era poca cosa el silencio que impuso al mostrarse en la cámara real! Siguió luégo el chichisbeo, y luégo las presentaciones. El poeta, á quien no le agradaba ser objeto de curiosidad, no estaba por ir inclinándose de una en una ante todas esas divinidades del Olimpo, ganó un ángulo de la pieza, y se dejó estar inmóvil como un fantasma pegado á la pared. La Condesa tal... ¿No es éste el modo de designar á la persona de cuyo nombre no debemos acordarnos? La Condesa tal, señora de alto lugar, si por la belleza, si por el ingenio, quiso tratar al noble lord: negóse el noble lord. ¡Vamos, que era cuña el inglesito! ¡Muchacha de tales prendas como esa bella italiana! La italiana le llamó animal montés, se sacudió y se fué en su coche; el poeta se quedó muy tieso, y á poco salió también. Un lord Byron no podía quedarse hasta el fin del baile; hubiera sido ello contra el misterio de su persona. Y este mismo Nemrod que así trata á la milanese, coge á la más linda veneciana y se va con ella, dejándole al pobre Marqués de Guiccioli á cuestras con su amor y su rubor. La interesante fugitiva ha vivido hasta nuestros días; y, por más señas, acaba de dar á luz unas Memorias en las cuales le sale al frente á la deslenguada calumniadora de su difunto amante, la célebre mistress Stowe. Esa anécdota respecto de lord Byron es una variante de la imaginación; la verdad del caso es que, sabedor que la función nocturna había sido dispuesta con el objeto de conocerle, se abstuvo de concurrir; si por altivo, si por corto, no lo hemos averiguado todavía. Quedáronse con la gana duquesas y marquesas, y se vengaron con llamarle oso, ogro y más cariños que las hembras suelen dirigir á los varones de difícil trato. El lance de la Condesa arriba mencionada tiene también sus visos de histórico; Byron fue siempre extravagante; extravagante de buen tono; no había sino buscarle, para que él se remontase á lo más áspero de su bravia naturaleza.



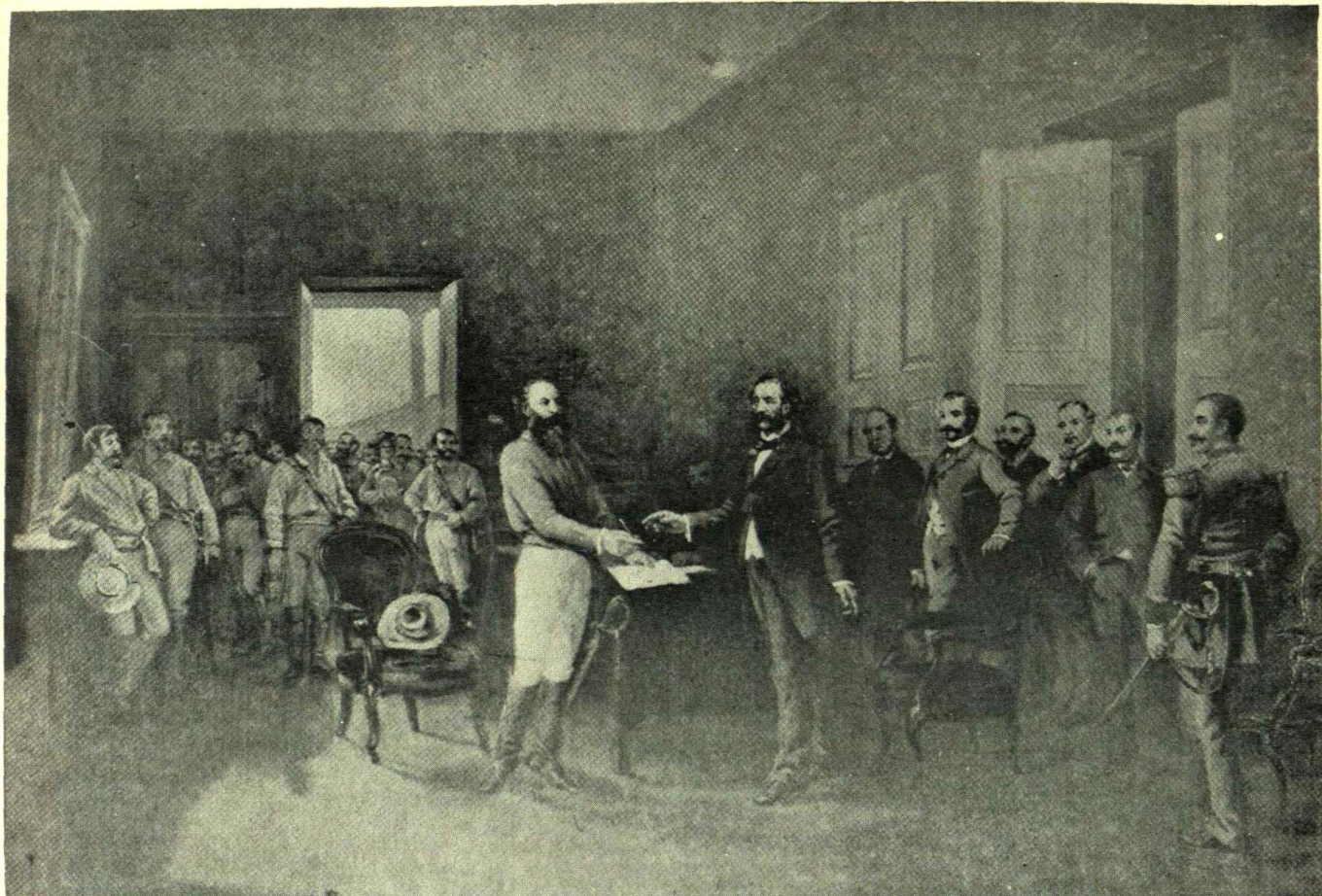
ESCENA CARNAVALESCA

Especie de Aquiles, gime á los pies de Deidamia; pero encerrado en su tienda de campaña, á solas con su ira y su dolor, niega la palabra á todo el mundo. Patroclo solamente alcanza un término de contestación. Byron, de malas con sus compatriotas, pasa adelante, y aborrece al género humano: misántropo sublime, vaguea solo por la tierra, mirando con ojos desesperados las naciones. Nunca inglés consiguió hablarle en pueblo extraño: venían á su puerta muchos de ellos, orgullosos de la gloria de su gran compatriota; él se la cerraba, inapelable en su resentimiento. Y este poeta feroz no desaprovechó ocasión de manifestar la sensibilidad exquisita de su pecho, siendo suyas toda clase de acciones magnánimas. Un día, paseándose por la orilla del mar en una ciudad turca, echa de ver un golpe de eunucos que vienen custodiando una carga puesta al hombro de un esclavo. A fuer de curioso de las costumbres y viajero averiguador, Byron sabía que los señores musulmanes castigan á sus mujeres ó sus concubinás que han caído en mal caso, con echarlas en el mar cosidas en una lona. Un rayo de luz alumbró al extranjero; mete mano á la espada, hiere, aterra, desbarata, pone

en fuga esbirros y verdugos, y salva la vida á una hermosa joven circasiana. Ese hombre henchido de odio, vivía empapado en lágrimas de amor y pesadumbre. El más desgraciado de todos es el que no puede ser comprendido á causa de la superioridad de su alma: á los que comió éste los aborrecemos, ya porque nos lastima su grandeza, que nosotros calificamos de orgullo, ya porque nos irritan sus virtudes, las cuales pesan sobre nosotros y nos abruman. ¿Cuántos hombres superiores no son locos para el vulgo, ó para los que los rodean, á causa de que él no puede bajar hasta ellos, ni ellos subir hasta él? Tan luégo como vemos en uno algo de que no somos capaces, porque para ello se ha menester gran carácter, abnegación y longanidad, le calificamos de extravagante; y de la extravagancia á la locura no hay ni un paso. La felicidad está en la medianía; este axioma, que á fuerza de sabido es ya perogrullada, abriga una lección que ojalá nos aprovechara á todos. ¿A todos? No. Seamos nosotros pequeñitos; mas para honra de la creación, precisos es que el género humano contenga algunos ángeles, aun cuando sean caídos. Luzbel, rebelándose contra el Omnipotente

y descendiendo á los abismos, parece un complemento del universo. Lucifer habita el *pandemonium*, ciudad y palacio magníficos, rodeados de llamas eternas; y ese enemigo tenebroso de Dios es como un polo de la esfera universal, contrapeso del cielo que mantiene el equilibrio de las cosas.

Lord Byron fue un ángel caído, y la que caía en sus manos era para no levantarse. Las pasiones de este Satán hecho hombre acusan el alma de las que él mira con intención secreta; quema y ennegrece el corazón, y para hacerse amar no tiene sino quererlo. A la inteligencia de primer orden une el valor, y nadie como él prevalece por la generosidad. Buen encaje de rostro, pálido, ojos negros, frente elevada, cabellera abundante, repartida en enormes anillos de azabache, labios gordos y sonrosados, dientes purísimos, aliento embriagador; la parte personal del poeta era realmente hermosa, aunque no seductora. Dicen, por el contrario, que una repulsión inmotivada apartaba de él á los que le veían por la primera vez; en sabiendo quién era, en oyéndole, ya todo parecía bien, todo admiraba. Este hombre tan aristocrático, tan elegante, cojea su po-



TRATADO DE COJIE. Por Fovar y Tovar

quillo; ¡mal pecado! Tiene un pie deforme, y éste es el tormento de su vida. Al pie defectuoso de lord Byron le deben las humanidades las obras poéticas más sentidas y bellas que ha producido quizá el ingenio en nuestro siglo. La amargura de su pecho, hirviendo en negra espuma, le sube a la cabeza, y allí, revuelta con la viva luz de ese cerebro, produce la música sublime que á raudales echa al mundo ese inclito *desgraciado*. Hizo mal el poeta en tomar tan á pechos el asunto de su cojera; éste es el defecto que frisa más con el buen tono y la elegancia. Un hombre de elevada estatura, recto, que sepa traer la cabeza imperialmente sobre los hombros y brille por lo amplio y pulcro del vestido, por conveniencia propia debe ser cojo, siempre que ande despacio, apoyándose en bastón con pomo de oro, y tenga nombre ilustre. Cojo se entiende, un si es no es cojo; cojo intencional; ligera desinencia poética, endecasílabo intercadente por motivo de un acento supernumerario, pero que suena con gracia y encierra un elevado pensamiento. Cojo que va tocando al suelo con la oreja á cada paso, no puede ser donairoso, ni echar saetas envenenadas con miel de amor. Este si hace bien de tener el alma triste hasta la muerte, aunque él no está por eso: de

nada adolecen menos los cojos que de melancolía; antes gozan reputación de malignos y camorristas, cuando no las dan de majos y enamorados. El cojear del noble lord era según todas las reglas del arte poético. Aristóteles no hubiera formado cojo más rítmico, más armonioso y medido con el cajón del verso; y, no obstante, el bello cojo acarrea consigo negra pesadumbre. No sabemos si Anibal, cuando perdió un ojo durmiendo á la luna en las márgenes paludosas del Arno, perdió con él la tranquilidad de la vida; lo cierto es que no por eso dejó de dar batallas, obtener triunfos, subir su gloria y cultivar muy de propósito su felicidad en Capua, sin que hubiese habido en la ciudad de los placeres mujer de harto mal gusto que propusiese á ese gran tuerto por ningún Cupidillo de ojos cabales de entre los cartagineses. La diosa de Chipre si, la madre Venus, le hizo una pega al otro cojo: ¡y con quién, si pensáis! Con ese animal de bigotes como escobas, que se anda rompiendo el pavimento con sus bototas hasta las ingles, y no sabe ni guiñar, ni echar suspiro que no sea un zapote de duro y pesado. Va el cojo, pian, pianino, le echa su red, y le coge al jayanazo. El negocio no hubiera sido cogerlo, sino matarlo; si le hubo de soltar, ¿para que le cogió? Sea

de esto lo que fuere, y allá se averigüe Don Vulcano con sus aspas, lo que ahora nos conviene es tomar el hilo de nuestra historia, y añadir que solamente su mujer no le quiso al pobre lord. Dicen que con razón, la autora de *La cabaña del tío Tom* pretende haber demostrado que el incesto del poeta con su hermana Augusta no es imputación calumniosa. No queremos ver adentro de este negro velo; ese fue un grande hombre desgraciado, y no le hemos de mirar ahora sino en medio de la aureola de luz que le circuye. Si pecó, perdonémosle; si fue inocente, hagámosle justicia.

TALLER MODERNO

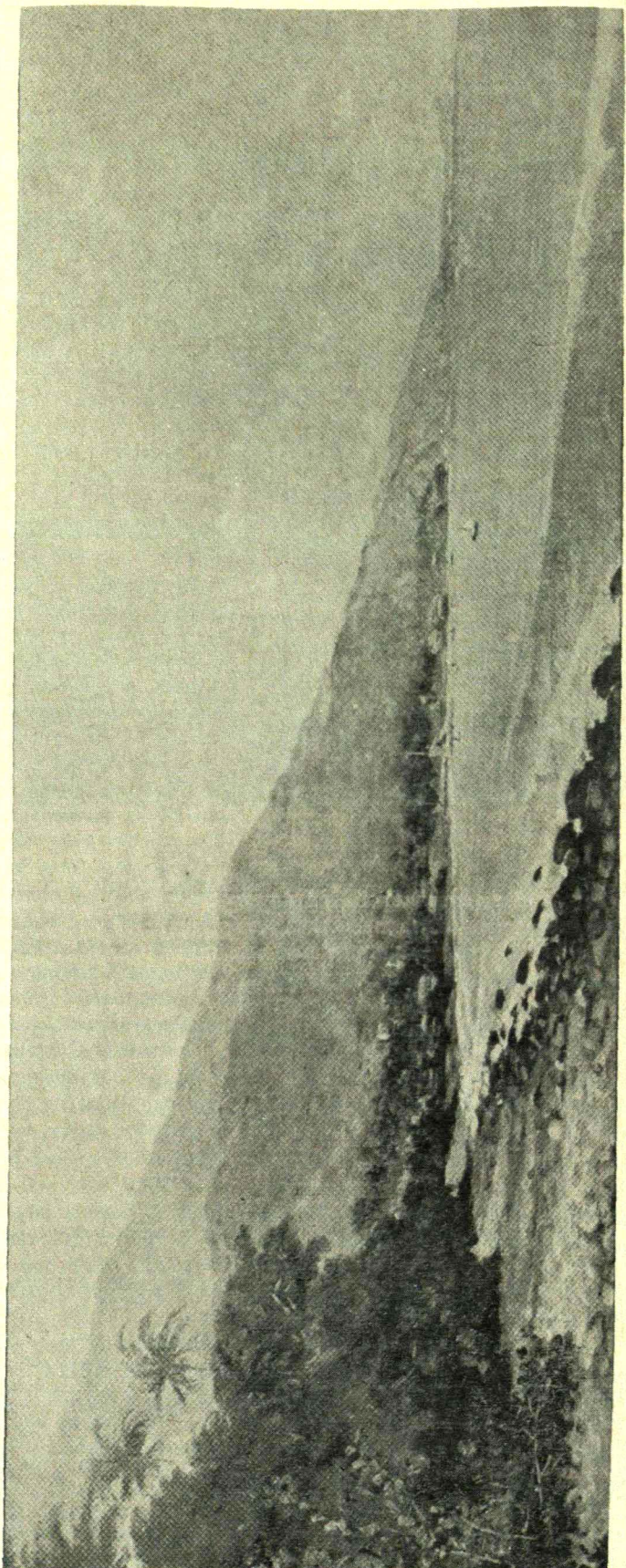
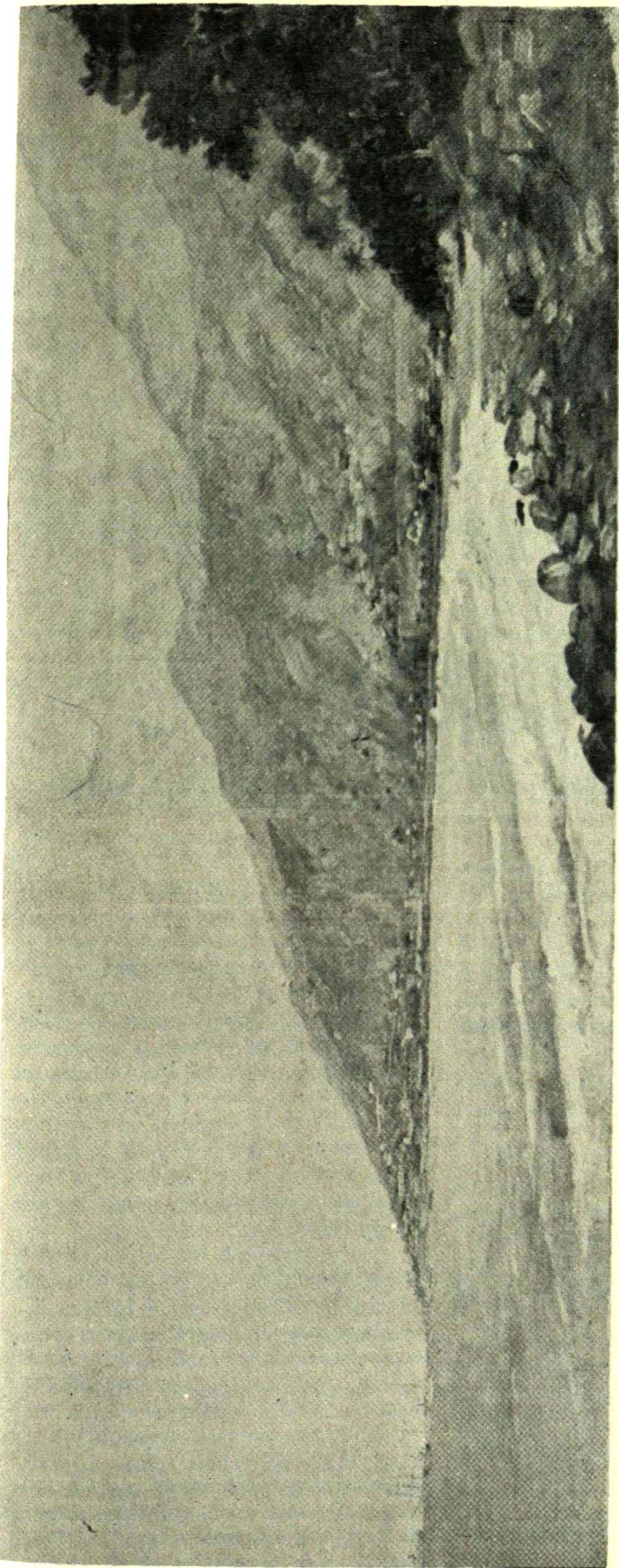
Por el aire del cuarto, saturado
De un olor á vejez peregrino,
Del crepúsculo el rayo vespertino
Va á desteñir los muebles de brocado.

El piano está del caballete al lado
Y de un busto del Dante el perfil fino
Del arabesco azul de un jarrón chino
Medio oculta el dibujo complicado.

Junto al rojizo orín de una armadura
Hay un viejo retablo, donde inquieta
Brilla la luz del marco en la moldura;

Y parecen clamar por un poeta
Que improvise del cuarto la pintura
Las manchas de color de la paleta.

JOSÉ A. SILVA.



ALREDEDORES DE LA GUAIRA. - Por Martín Tovar y Tovar

LAS ROCAS DE DOÑA FULANA



XTIÉNDENSE al Norte de la Moldavia, unas posesiones regias que denominan Broshteni. Vense allí, hoy todavía, vírgenes selvas donde el ruido de la hacha nunca se ha oído, ni los pasos del hombre han penetrado

jamás. Entre las excursiones más bellas que podemos imaginarnos, ésta es una de las mejores. Parte el viajero, de la Transylvania, en una balsa. Baja el Bistritza, y pasa por Dorna, Broshteni y Hangar hasta que llega á Piatra, donde se recoge el cauce del río entre dos empinadas rocas, sombreadas por hayas frondosísimas y gigantescos pinos. La caprichosa corriente de agua ondula allí graciosamente, y luégo serpentea en muchas y variadas formas. Por centenares se cuentan todas las semanas, las balsas que van río abajo en el Shiret hasta que llegan á Galatz, cargadas de enormes trozas de árboles, que han de aserrarse y convertirse en delgadas tablas ó láminas, en los talleres de esta última ciudad. Son los campesinos que generalmente conducen estas balsas, moldavos buenos mozos, altos, fornidos, de tipo romano, cabellos negros, ojos pardos y grandes. Usan el traje nacional, es decir: camisa blanca bordada con multitud de dibujos de color en el cuello, en el cuerpo y al redor de las anchas mangas; y para la cabeza, un gorro puntiagudo de lana fina de borrego, ó un sombrero de alas muy anchas adornado con flores naturales. A las balsas, naturalmente, las arrastran como un vértigo, aquellos torrentes límpidos; pero manéjanlas también aquellos hombres, con hábil y asombrosa maestría. Acontece casi siempre que en el viaje, al atravesar los chorros peligrosos de la corriente, la proa se hunde tan profundamente, que el hombre que debe estar allí, de pie y atento á que la armadía no cabecée, lleva el agua hasta la cintura; pero permanece tranquilo, indiferente, como si se tratase de un incidente baladí. Clava su mirada en la parte de río que se lanza más adelante; y por observar el peligro venidero, no se da la pena de reparar en sus vestidos empapados. En ciertos sitios, ¡es de verse! se nos antoja que el valle consiente á sus arroyuelos bulliciosos que se arrojen en el Bistritza; y forma todo aquello, vistas muy lindas y paisajes magníficos de rica, de pródiga naturaleza. En una de las riberas del Bistritza, se yergue majestuoso el Chacklu, coronado de pinos altísimos; y en la opuesta, descúbrese las Rocas de Doña Fulana, que tanto parecense á torres de iglesia gótica.

Para los años de gracia de 1538 no eran estas regiones ni tan animadas ni tan sonrientes como hoy lo son. No bajaba entonces el Bistritza ninguna balsa, pues el estruendo de las armas subía hasta las nubes, y repercutía lejos, muy lejos, hasta en el fondo de los valles.

Las mujeres y los niños desertaban por grupos, de sus hogares; é iban, fugitivos, á

ocultarse en las profundidades de los bosques en la esperanza de poder salvar la vida. El grito terrible: ¡Ahí están los Turcos! se propagaba, como se propaga el fuego destructor, y corría de aldea en aldea, de villa en villa. Solimán, el sultán tremendo ocupaba el país con un formidable ejército, en tren de devastar la pequeña Moldavia; y bien que su valiente príncipe, Pedro Karesh, opusiera al enemigo sus huestes, numerosas y aguerridas, había sido ya varias veces derrotado. Los Turcos, invasores, habían entrado ya en Suceava, (capital de la Moldavia), y disponíanse á marchar, por momentos, sobre Piatra, incendiándolo todo, matando, asolando todo con diabólico furor. Era presa el país entero de indecible—espantoso pánico; hasta el extremo de poder creerse que una tromba habría pasado sobre aquella tierra infortunada, destruyendo todo cuanto no había podido arrebatar. No daban cuartel los Turcos. Asesinaban los niños y violentaban las mujeres, cuando no podían llevarlos prisioneros y cautivos. La muerte era preferible al yugo de los Otomanos.

No había en los campos ni una cabeza de ganado; no se cosechaba un grano de trigo ni veíase brizna de yerba. Habíase sentido obligado el príncipe Karesh á evacuar á Piatra, con los restos de su ejército maltrecho, y buscarse un refugio en Esle, en las márgenes del Bistritza, donde todavía era posible encontrar víveres para los hombres, y forraje para los animales. Esle significa comer, y la ciudad había recibido ese nombre, en recuerdo de la estada que mucho tiempo antes, había hecho allí la caballería. El príncipe tenía sus hijos en el monasterio de Ciceu, libres, contentos y seguros; pero su joven esposa Elena, estaba resuelta á no separarse de él, por nada de este mundo. Los Turcos no me harán nada mientras yo esté contigo, decía ella, y yo no quiero que me dejes.

Ambos, marido y mujer, habían encontrado un refugio un tanto hacia arriba, en el río, ó sea, en la iglesia de Calugaran.

Queda esta iglesita completamente oculta bajo una inmensa roca que el *Maligno*, dicen, arrancó del pico del Chacklu, con el firme propósito de bloquear el curso del Bistritza; mas, en el momento en que se disponía á lanzar la enorme piedra desde lo alto de la roca, cantó el gallo. Dejó el demonio que callese, allí, donde hoy está, y huyó á todo correr para que no lo sorprendiera la luz del día.

Esperaba la bella princesa Elena bajo la piedra, que parecía iba por instantes á desplomarse sobre ella y á anonadarla. Cubriase con una mano los ojos; oía con interés, con sostenida atención; y ora pálido, ora encendido el rostro, dominábala agitados pensamientos.

¡Oh! ¡qué desgracia ser siempre derrotados! dijo al monje encargado de la guarda de la iglesia. Erase éste un anciano que plegaba bajo el peso de los años, de barba y cabellos blancos, pero blancos color de nieve.

—Sólo la muerte es inmutable, princesa. Todo lo demás es en nuestro mundo, transito-

rio y mudable,—respondió él con reposado acento.

—Pero para nosotros, mi padre, no habrá absolutamente cambio alguno. Paréceme que estamos perdidos, sin remedio; y vos mismo, por anciano que seáis, no dudéis, que podáis ser herido por un yatagán turco que os pase de parte.

—Es posible, dijo el monje.

Oyéronse en este instante pisadas de caballos que corrían rápidamente sobre piedras sueltas. El príncipe Karesh llegó al galope. Inclínose sobre el caballo, un poco, lo bastante como para ponerse á la altura de su mujer, y una vez que ella se encontró bien colocada en la parte delantera de la silla, sin pronunciar palabra partió aquel hombre,—á rienda suelta,—en dirección del río, seguido de algunos fieles partidarios.

Y razón tenía. Perseguían al príncipe, los Turcos, con encarnizado furor. Al salir de angustiado desfiladero, corrieron hacia el monje, que se mantenía impassible ante ellos, como una estatua. Estaban aquellos hombres bien montados. Sus caballos,—no obstante la dilatada carrera que habían hecho—tenían erectas las orejas, y se encabritaban, y piafaban...

—Deteneos, gritó el monje. ¿A dónde vais?

—Queremos coger al príncipe Karesh. Han puesto á precio su cabeza por diez mil ducados. Dí, Sacerdote, á dónde está, y si no, te degollamos!

Hizoles el monje signo de que lo siguiesen; y luégo los condujo á un sendero, que muy pronto no fue más que una tortuosa subida, sembrada de obstáculos tales como macizos de piedra granítica, gigantescos árboles tumbados, etc., etc.

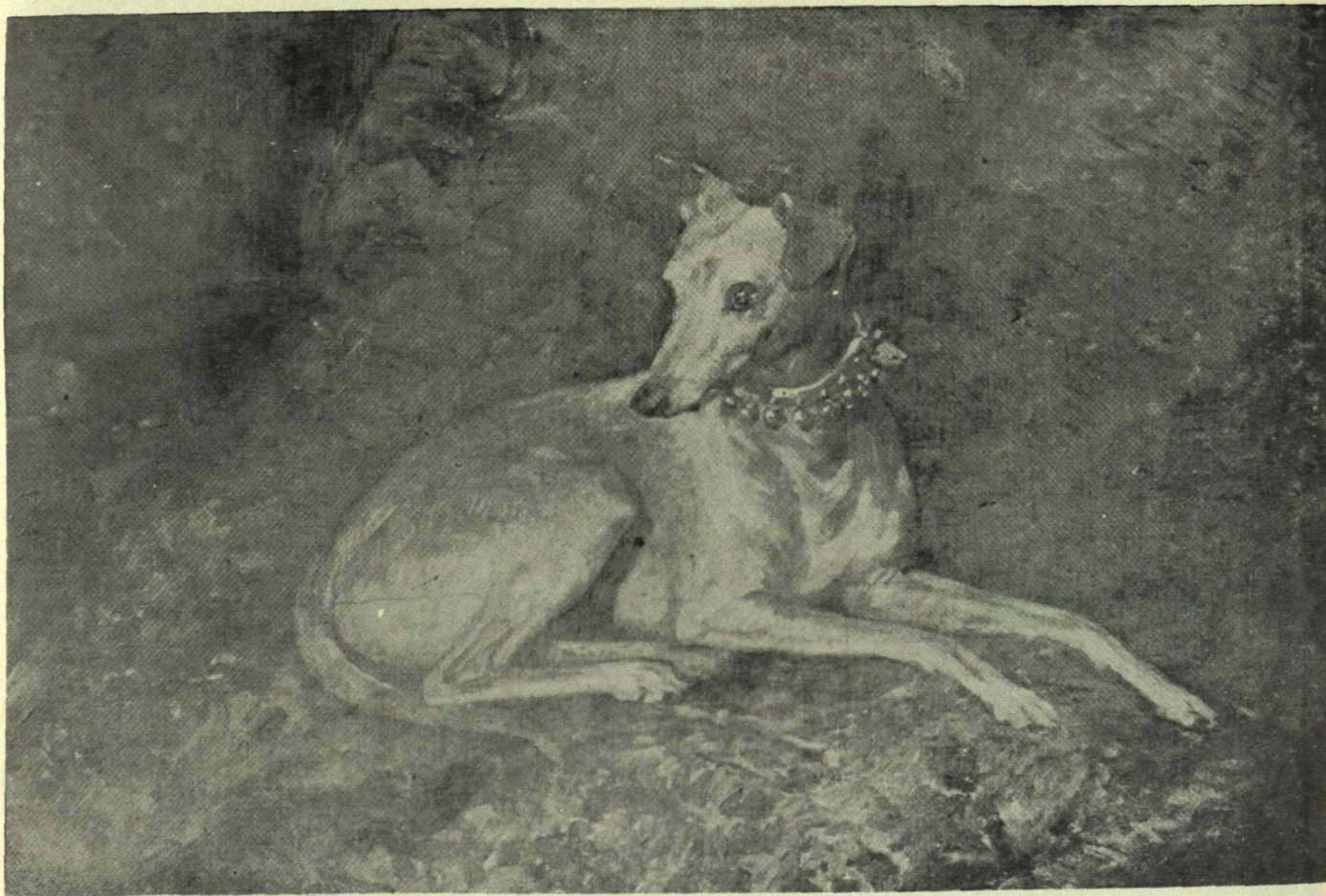
Marchaban los Turcos tras el monje á conveniente distancia, en sus caballos, ágiles como gatos; mas, al ver que no había huellas de otros caballos señaladas en la arena, empezaron á sospechar del monje, y á creer, que con sobra de intención los había despistado y burlado tristemente. Obedeciendo á los impulsos de la crueldad, ejercieron su venganza en aquel desvalido anciano. Arrancáronle, á pedazos, sus ropas; pusieronle en cruz sobre grueso leño verde, y allí dejáronlo, padeciendo los más horribles dolores. De sus labios descoloridos salían de cuando en cuando estas resignadas frases:

—No me han puesto sobre la cruz, y estoy, sin embargo, crucificado... ¡No por la humanidad; pero sí, á lo menos, por mi país!

Cerró los ojos y sufrió sin quejarse, la muerte lenta y cruel que lo acechaba.

II

En todo este correr del tiempo, el príncipe y la princesa habían podido llegar á la selva de Broshteni. A partir de allí, el camino se hacía sumamente difícil, y peligroso; porque no había más que aquellos, que, conociendo mucho y muy bien los pasos y los vados, estuviesen en aptitud de atravesar con toda seguridad, el ancho y temible río. El caballo del príncipe rendíase al peso de su doble carga, y ya empezaba á dar muestras de extenuación y cansancio. Karesh, en vano, lo hincaba con



CUADRO DE MARTIN TOVAR Y TOVAR

las espuelas, ó lo acariciaba amigablemente : aquel pobre animal no podía dar un paso más, y todo esfuerzo era perdido.

—Si Vuestra Alteza quisiera condescender en tomar mi caballo, dijo uno de aquellos hombres. Algo tenemos que hacer, porque indudablemente corréis inminente riesgo, y vuestra vida es preciosa.

Tomando á la señora de los brazos de su marido, la levantó y montó en el caballo que le ofrecía; pero más ligero que el aire, desapareció en el bosque, antes que la princesa hubiera podido agradecerle su sacrificio. En este punto, el camino se alejaba del Bistrizta bifurcándose hacia los lados de Karán, donde, —aún hoy se ve,— un pequeño monasterio erigido en memoria de la fuga del Príncipe Petro Karesh.

Parecía estar los fugitivos cercados por bosque impenetrable. Pedazos y raíces de corpulentísimos árboles, caídos, impedían continuar; y eran el musgo y la yerbilla tan esponjosos y espesos, que se les enterraban los cascos á los caballos. De pronto se oyó un ruido insólito. Chirriaba la maleza, se estremecía, allí, en los contornos, el suelo, y por sobre todo, distinguíase claramente un ronquido pavoroso. Era un *Zimbru*, toro salvaje, (particular de la Moldavia), que se había venido desde lo más profundo de aquellas selvas; y feroz, incontenible, hundió las astas en las entrañas del caballo

que montaba la Princesa. El noble animal, espantado y herido, se encabritó, tambaleó y cayó... Cayó, quedando bajo de él, aquel delicado fardo que llevaba.

Preparábase el *Zimbru* á renovar su ataque, cuando Karesh, de un salto, se le enfrentó. Agarróle los cuernos con hercúleas fuerzas, y torció y retorció hasta que hubo de partirle el cuello al monstruo. Fue entonces, cuando, á grande esfuerzo debido, logró sacar su amada compañera, debajo del caballo moribundo.

—¿Estás bien, hija mía? ¿Te sientes con ánimo, con fuerzas para caminar?, preguntaba Karesh afectuosamente á su mujer, á la vez que ésta se estrechaba á él como para ponerse á cubierto de todo peligro ó temor

—Al fin del mundo iré contigo, respondió ella, pálido el rostro y temblándole la voz.

—En ese caso, valdría más que prescindieramos de nuestras bestias, puesto que aquí nos sirven de estorbo. Además de que creo, que para desorientar á los que nos persiguen, sea preciso, ¡y con dolor lo digo! separarnos y tomar caminos diferentes. Cuanto á mí, me parece que haría muy bien en irme á Ciceu, aunque el camino sea más largo. Tomaré por el paso de Humora hasta Dorna, y estando allí, ya me queda cerca el monte Calimán. Tú, Stefanito, —continuó el Príncipe,— dirigiéndose á su fiel servidor; tú conducirás la Princesa á la gruta, y la atenderás y cuidarás con la mayor

delicadeza hasta mi regreso. Porque no eres tú, nó, de las que pueden ir al fin del mundo, dijo él, hablando á Elena y enlazándola amorosamente en sus brazos.

—¿Pero crees, en verdad, que debemos separarnos?, —replicó la Princesa.

—No por mucho tiempo, amada mía.

¿No oyes que nuestros perseguidores no distan mucho de nosotros? No hay que perder un instante.

Abrazó á su mujer breves momentos. Desengañó los caballos, y los dejó libres para que fueran á pastar y correr donde quisieran.

Y dando una postrera mirada de afecto á su amable, á su dulce mujer, partió el príncipe Karesh, en volandas. Seguialo la Princesa con ojos apesarados y ansiosos; bien que sí sabía, que no era dable permanecer más tiempo junto á él, sin impedirle que pudiera huir, y desde luego sin poner su vida en gran peligro.

III

Tan absorta estaba la Princesa; tan llena de tristes pensamientos, que más de una vez, y más de ciento, tuvo Stefanito que sufrir la contrariedad de hacerle presente, que se precaviera de algún peligro que se presentaba en aquella situación tan difícil y llena de peripecias.

Cerca del cadáver del *Zimbru*, que yacía en tierra, arrancaba una pequeña meseta, y en



VENECIA: Embocadura del Gran Canal

ella había una roca muy lisa, muy tersa que todavía se llama la « *Piedra del Zimbru* », como recuerdo de la proeza del príncipe Karesh. Dejando esta meseta y conducida por Stefanito, dirigió la Princesa sus pasos hacia las rocas, que desde allí se divisaban como enormes torres. Como era natural, fue la ascensión por demás fatigante, y tan dura para aquella Señora, que ella, que pasión tenía por las flores, sobre todo, por la flora de las montañas, apenas si entonces ponía atención en el perfume de las que deshojaba con los pies.

Agotada por el cansancio y la ansiedad, recostóse á un árbol; é inclinando la cabeza sobre el pecho, —por ver de minorar los recios latidos de su corazón, —prestó atento oído para fijar confusos ruidos, que de no muy lejos venían.

—Stafanito, júramelo, —te lo ruego por todo lo más caro que haya para tí en el mundo; —júrame que no me dejarás caer viva en manos de estos paganos. Es para mí un millón de veces preferible, que me claves en el pecho tu puñal, que dejar profanar mi cuerpo por las manos de un infiel.

Miróla Stefanito con ostensible calma.

—Sí, Alteza, obedeceré vuestra súplica.

—Tu promesa me liberta de toda aprehen-

sión, repuso ella; y como si nuevas energías la hubieran vigorizado, reemprendió el abrumador camino. Al fin, y después de mucho esfuerzo y penas muchas, llegaron á las rocas debajo de las cuales estaba la entrada de una profunda caverna; y casi postrados de fatiga, se extendieron al llegar á ella, sobre su suelo pedregoso, con sin igual y prolongado bienestar.

Elena, al llegar, se arrodilló. Rogó fervorosamente por su marido, quien, además de estar lejos de ella, corría con seguridad, diversos riesgos; y por sus hijos también rogó, aun cuando sabía que éstos, seguros se hallaban al amparo de las sagradas, de las santas murallas del monasterio.

Llegó la noche; y el leal servidor arregló, como mejor pudo, un lecho de musgo para la Princesa. Por alimento, sólo pudo proporcionarle agua helada, que corría por las faldas de la montaña. A la puerta, ó sea, entrada de la caverna, se acostó Stefanito, á modo de perro guardador, y dormía, —como vulgarmente se dice, —con un solo ojo. Ningún ruido de afuera llegaba á aquel retiro. En paz, como incesante ruego, subían al cielo las rocas; á la vez que la densa sombra de la selva oscura, se elevaba, como un muro, ante todos los que

hubieran intentado penetrar en tan lejano albergue.

Con la primera luz del nuevo día se levantó Stefanito, y dióse al empeño de conseguir alimento. En el vecino campo halló un faisán al que, con el proyectil de su honda, —hizo caer de su percha habitual; y dispúsose á desplumarlo, para que la Princesa, al despertar, tuviese algo que comer. Pronto, muy pronto encendió fuego de manzanas silvestres y piñas en el ángulo de una piedra sobresaliente; pero pronto, igualmente, el humillo delicado de la ave que se asaba, atrajo á Elena, que vino á ver á Stefanito haciendo girar, —con mucha habilidad, —el largo asador de palo con que había atravesado el cuerpo del faisán.

—¡Oh! Déjamelos asar, exclamó ella. ¿Dónde lo cogiste, Stefanito?

Se colocó delante del fuego que no tardó en colorear su rostro con tintas róseas. Pensaba ella que nunca, jamás tendría fuerzas para pasar un bocado de pan, mientras no estrechara á su marido y á sus hijos; y ahora hallábase á punto de morir de hambre.

Con secreto placer notó Stefanito los colores que le avivaban las mejillas, antes pálidas, cuando tomaba su imprevisto almuerzo; y el expresivo sonreír de satisfacción cuando le pre-



VENECIA : Vendedores

sentó unas muy hermosas fresas del monte. Por fortuna, la cacería era muy abundante en aquellas alturas, pues Stefanito no se hubiera separado muy lejos de la caverna.

Alguna vez hubo necesidad de subir á la cima del pico más alto, y sólo pudo hacerlo arrastrándose, y aún, con suma dificultad.

Desde aquella altura, la perspectiva era casi ilimitada. La Moldavia, la Transylvania, la Bukovina, estaban tendidas á sus pies; y el monte Calimán se destacaba en plena luz en su imponente grandeza.

El panorama que de aquel punto se describía, era de singular belleza; pero para él no tenía ojos el hombre que lo contemplaba. Tenía el corazón donde estaba su Príncipe, y por él temblaba. Por todas partes, hasta allá, tan lejos como la vista alcanzara, reinaba absoluta calma; como si no hubiera habido ni pánico ni conflicto entre los hombres; y silenciosas, no podían aquellas rocas prestarle noticias del jefe ausente.

Al día siguiente de su refugio en la gruta, comenzó la Princesa á ocuparse en darle apariencias de hogar. Cubrió primeramente las paredes con flores y palmas, y más luégo puso en el suelo, rudo y duro, porciones de musgo fresco y blando.

Más tarde, doblando en cuatro el rico manto de Corte, se vistió con él; y lavando en la corriente sus ropas, tendíalas al sol sobre las ramas de los altos pinos.

Stefanito, á su vez, había recogido mucha leña seca, y había un fuego vivo y *confortador*. Mas, deseaba la Princesa ansiosamente un pedazo de pan ó una mazorca de maíz, para tomarlos con la carne de las aves que su escudero le presentaba enteramente listas y preparadas. Y si bien es verdad que un grano de sal les habría sido altamente gustoso, nada era comparable á la ingente necesidad que ambos experimentaban de un poco de pan, de cualquiera clase que fuera.

Al fin, Stefanito resolvió bajar al valle, y tratar de saber algo relativo á la suerte de su señor y dueño.

Encendió fuego, y puso á los alcances de la Princesa, todo aquello que creía podía ella necesitar mientras él estuviera ausente; no olvidándose recomendarle estrictamente,—en caso de algún peligro,—no buscarse refugio en la caverna, sino huir, de todas maneras hacia la selva, ó las rocas.

—No tengas por mí ningún cuidado, díjole ella; pero sí tráeme buenas nuevas de mi inolvidable esposo.

IV

Mientras duró la ausencia de aquel ádicto servidor, Elena prosiguió ordenando y componiendo la caverna. Mas, al día siguiente, en la mañana, ya todo en orden y convenientemente dispuesto, arriesgóse á salir lejos, en busca de fresas del bosque y de esas frambuesas sal-

vajes que tanto abundan por todas partes en aquellos lugares.

Quería recibir á Stefanito, cuando volviera, con algo bueno y agradable.

Cuando llenando estaba su diminuta cesta, y como distraída hacia la recogida del fruto delicioso, oyó sordo rugir que parecía haber salido desde un punto que estaba muy cerca de ella. Levantó la cabeza, y vio con horror un oso espantable, temible, de los que llaman *oso de pañoleta*, debido á la lista ó tira ancha blanca que le rodea todo el cuello, cuando lo demás del cuerpo, es del color de todo oso: oscuro ó negro. Se ocupaba, él también, en lo que la Princesa se ocupaba: en buscar fresas, que es fruta de la que siempre está ávido. Dominando su terror insólito, y no olvidándose Elena de las precisas instrucciones que su fiel servidor le había comunicado, se movió lo más serena que pudo, y resueltamente empezó á ascender en las rocas. Las zarzas, los frambuesos, las enredaderas se engarzaban en sus vestidos, y le impedían caminar. A cada instante, á cada paso, tenía que luchar contra raíces nudosas unas, punzantes otras; y el oso, no muy distante, partía con sus patas, macizas y enormes, la maleza: comía á intervalos, pero rugía siempre.

No osaba Elena volver el rostro á mirar. Ya, libre de la incomodidad de las breñas y zarzales, trepaba deliberadamente aquella roca calcinada por los rayos de un sol que caía á plomo.



VENECIA: Vista tomada en el Canal

Latíale el pulso con rapidez, parecía que el corazón se le saliera del pecho, y notaba que las piernas se habían entumecido é hinchado. Pero, nada como el miedo nos hace perseverantes y fuertes. No se detuvo la Princesa mientras no pisó la cúspide de una roca, donde cayó de rodillas, literalmente desfallecida. Desde aquella altura dominaba completamente todos los movimientos del oso; y en efecto, al momento vio que entraba en la caverna. Hallábase la Princesa en aquella hora, sola, sola, á excepción hecha de una águila, que giraba con lentitud sobre la peña que le quedaba á sus pies. De resto, ni más ruido, ni movimiento. Poco á poco declinaba el sol; prolongábanse las sombras de los árboles; y ¡si caía la noche antes de llegar Stefanito!...

De súbito oyó que rompían ramas, y que se acentuaban ruidos, como de pasos humanos, dentro del bosque. Eran los de su servidor, puntual y abnegado. Hizole signos y señales con el pañuelo, que aquel no reparó. Lo llamó después, alzando la voz cuanto más pudo; pero en vano; y vio, asimismo, que con rápido andar se dirigía á la caverna, pero que llegando allí empezó á desandar camino.

En un abrir y cerrar de ojos tiró al suelo el saco de maíz, y agarró la lanza. Salió

el oso de suantro, pero Stefanito lo esperaba con incommovible resolución. En presencia ya del hombre, el animal se levantó sobre sus cuartos traseros, y lanzó atronador rugido. Excedía en mucho más de la altura de la cabeza, á Stefanito, pero con habilidad consumada, enterró éste su puñal dentro de las fauces del monstruo. Sacudió el oso en el aire, sus enormes patas; y á la Princesa le parecía haber visto rodar juntos por el suelo, al hombre y á la fiera.

Sin que ya la poseyera el más pequeño sentimiento de terror, corrió la Princesa como el viento, bajó la roca en un santiamén, y llegó junto á Stefanito, precisamente, en el propio instante en que éste sacaba la espalda de entre las zarpas del oso, que, en las angustias de la muerte, lo habia apretado con violencia. A pesar del agudo dolor que estaba experimentando, un grito de júbilo brotó de los labios del valeroso mancebo, al ver cerca de sí á la Princesa, sana y salva.

Había temido, ó mejor, había creído, que la había devorado aquella bestia cuyo hocico estaba lleno de sangre, pero que lo era, de la cacería que había encontrado en la caverna. Se empeñaba Stefanito en no dejar ver su espalda herida, á la Princesa; pero no menor

empeño puso ella en que él se la mostrara, para curar,—aunque con pedazos de telas arrancadas á sus vestidos,—tan honda y peligrosa herida.

—Yo me he robado este maíz, Princesa, dijo él; riendo á la vista del oso muerto, cuya piel iba á servir de buena manta á la joven y delicada Señora.

Tuvo una mirada de reproche para Stefanito, cuando éste refirió cómo había hurtado aquel maíz.

—Esa gente pobre, con seguridad, que lo necesitaba. ¿Por qué no se lo pagaste?

—¿Con qué dinero?...

Vuestra Alteza no sabe lo que yo le traigo: noticias que son interesantes. Nuestro excelente Príncipe ha podido llegar á Ciceu y allí reconcentra sus tropas. En breves días, yo no lo dudo, Vuestra Alteza se habrá reunido con él.

—¿Y es ahora, y no antes, cuando has tenido ocasión de hacerme saber tan feliz noticia?

—Me parece que Vuestra Alteza olvida que yo tenía primero que decirle una palabra al oso, que no se quería aguardar; lo que, por cierto, tan caro le ha costado.

Elena cogió dos hermosas espigas de maíz que puso en la ceniza para asarlas, hasta que



VENECIA: Vista tomada frente al Palacio Ducal

los dorados granos se tornasen oscuros. De éstas, dio una á Stefanito, y la otra, la llevó á sus labios. El escudero la miraba complacido roer la mazorca con sus denticos de ratón.

—¡Cuánto no daría yo por saber lo que ha sido de ese pobre Tomás, que tuvo la bondad de prestarme su caballo en aquel difícil trance.

—Ha muerto, Alteza.

—¿Muerto? ¡Pobrecito! Y unas tantas lágrimas brillaron en sus hermosos ojos.

Stefanito se alejó mascullando el grano de su mazorca; y como hablando consigo mismo decía por lo bajo: «¡Qué suerte la de cierta gente!» La Princesa no comprendió el sentido de lo que aquel hombre hablaba.

—Pero. ¿cómo ha muerto? ¿Ha caído en manos del enemigo?

—Nó; se rindió.

—¿Se rindió? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Se hacía pasar por el Príncipe. Los Turcos, prestando fe á su palabra, lo conducían, en esa creencia, á una distancia que era ya considerable; hacían grandes demostraciones, y prorrumpían en gritos de placer y triunfo, cuando algunos campesinos,—tanto más estúpidos cuanto menos bien les venía con aquel hecho,—les hicieron saber que no habían he-

cho prisionero sino á un soldadote tan ordinario como otro cualquiera. Con el engaño pusieron furiosos y lo entregaron á los tormentos, para que confesara si era ó nó el Príncipe.

—¡Pobre Tomás! exclamó Elena.

—Es milagro que Vuestra Alteza no escapara, volvió á decir Stefanito.

La Princesa se dio cuenta, antes de lo que podría pensar, que la herida de su abnegado servidor era mucho más seria de lo que él le había hecho suponer. Alarmóse vivamente del estado del paciente, pues que habíase presentado la fiebre muy alta, y sujeto el enfermo á accesos de profundo delirio. En ese extravío accidental del herido, no se refería más que á Elena.

Aquella pobre mujer no tenía por todo alimento más que unas que otras mazorcas de maíz, porque el oso había devorado todas las demás provisiones. Salía ella á recoger el mayor número posible de bayas silvestres; pero también sentía gran temor de separarse de la gruta, más de lo que parecía limitado ó racional. Pero no muy tarde llegó á comprender la Princesa,—y hasta hacerse visible,—la disminución de fuerzas del enfermo, que bajaban

diaria y notablemente por falta de alimentos; y desde luégo hízose necesario que ella se resolviera á cazar animales y coger aves.

Al principio no mató una, á pesar de que los faisanes y cocardos eran tan mansos, que puede decirse llegaban cerca de ella. Mas, en escaso tiempo convirtiéndose en hábil y ejercitada cazadora, y bastaba sola para conseguir toda la caza que debía nutrir la á ella y á su decidido compañero.

v

Al cabo de algunos días pasó la fiebre y entró el enfermo en un sueño letárgico, que era justamente lo que más podía necesitar, dado que por ese medio recobraría las fuerzas gradualmente. Cierta día que dormitaba en su lecho de musgo en el interior de la gruta, oyó como un grito de terror, y en seguida algo parecido á los ruidos de un esforzado combate. En *un nada*, se puso de pies y buscó una arma. No encontró más que una lanza recostada contra la pared. La asió colérico y se lanzó fuera. Mas, apenas hubo salido de la gruta vio á la Princesa, que, lanza en mano y con valor de leona, se defendía contra dos soldados turcos.

Ni más dolor ni debilidad sintió Stefanito. Voló sobre los asaltantes, derribó á uno de ellos con un espantoso golpe en la cabeza, y todo tan rápidamente ejecutado, que aun después de hecho, no había podido Elena darse cuenta de la presencia del valiente defensor. El otro soldado iba á correr cuando fue á sus alcances Stefanito, lo echó á tierra y lo estranguló con su propio cinturón. El primero de los agresores respiraba todavía.

—¿Hay más hombres que vengan con vosotros? preguntó Stefanito.

El moribundo movió la cabeza con signo negativo, ora porque no comprendiera la pregunta, ora porque nada quisiera revelar.

Una vez pasado el peligro, la Princesa se apoyaba,—para poder sostenerse—en la roca. Estaba pálida como la muerte. Débil también, y mucho, se sentía Stefanito. Había intentado arrastrar aquellos cadáveres hasta lejos para quitarlos de la vista y precaverse de su daño, pero por cosa como imposible lo había dejado.

—¿Qué debemos hacer?, preguntó la Princesa.

—Stefanito señaló con el dedo los dos militares inanimados, y agregó:

—Ellos ó nosotros debemos dejar este lugar.

—Partamos, pues, afirmó ella prontamente.

Miró aquel hombre á la Princesa con ojos que bien traducían su fatiga, su postración, y suspiró.

—No tienes fuerzas para caminar ni moverte, Stefanito, ¿no es cierto? Te hallas debilísimo para emprender el largo camino de Ciceu.

—Nó. Seré capaz de hacerlo, dijo.

Dispusieron algunos viveres que debían llevar. Elena cubrió sus espaldas con la piel del oso que el bueno y entendido servidor había convenientemente arreglado; pero al caer de la tarde abrigaba con ella al enfermo. Hizo que se acostara bajo un árbol muy copado; y ella, con la lanza en la mano, hacía la guardia. Rotos, ó más claro, hechos pedazos los zapatos—estaba descalza.—Vestía su rico manto; los cabellos, desordenados, caían sobre las espaldas, y bien armada y vigilante, guardaba el sueño de su bravo defensor.

La claridad de luna llena iluminaba la selva; y parecía Stefanito tan pálido á la luz de los rayos del astro de los amantes, que temió fuese á morir.

Fijó en él su mirada penetrante y la desesperación embargó su corazón; cuando, semejante á un baluceo, óyele decir: «¿Qué hará la Princesa si yo muero? ¡Yo quisiera tener un rizo de sus cabellos para sepultarlos conmigo en mi tumba!»

Con el filo de la lanza cortó Elena a poco de sus cabellos y los depositó en la mano abierta del enfermo. Los estrechó con emoción, como que comprendía y admiraba la generosidad del obsequio, y dando un profundo suspiro, cayó en intenso sueño.

Veló la Princesa toda la noche. Al romper el alba creyó oír,—en la misma dirección que habían traído, galope de caballos y muchas y

confusas voces de hombres. Sobresaltada y llena de terror, trató de reprimir los latidos de su pecho, conteniendo la respiración.

—¡Dios mío! ¡Y si son los infieles!...

Tembló todo su cuerpo á la sola idea de la muerte. Miró la lanza, y pensó que haría mejor en matarse ella, y no despertar á su fiel compañero para que le hiciera este último servicio.

Sin embargo, esperó un poco y escuchó más atentamente. Cada vez era más distinto el trotar de los caballos; y hasta la voz de los hombres que atravesaban por la selva, llegaba á sus oídos más determinada y precisa.

—¡El enemigo! Nos sorprendió el enemigo! ¡Stefanito! ¡De pie!, gritó aterrada, Elena. Trató una y otra ocasión de hincarse la lanza en el pecho, pero temblábanle las manos.

—Es á mí á quien incumbe ese duro deber,—dijo Stefanito, arrebatándole el arma y colocándose ante ella que estaba pálida como el ángel de la muerte. Cumpliré la promesa, es decir, honraré la palabra que empeñé á Vuestra Alteza: pero después, esta misma lanza se hundirá en mi corazón.

VI

Acercábanse por momentos aquellos gritos, aquella cabaigata... Levantó el brazo Stefanito, inclinó la Princesa la cabeza... y esperó el golpe fatal.

Súbitamente arrojó Stefanito lejos el arma, y viósele el rostro como iluminado por un rayo de esperanza consoladora.

—¡Alteza! ¿No oís que hablan rumano?—exclamó. Y dando voces de júbilo: ¡Apresuraos, cristianos!, deciales. ¡Corred más y mejor! ¡Aquí, aquí está la Princesa!

Una estrepitosa aclamación de felicidad contestó á esas palabras; y breves segundos después estaba la Princesa—medio desvanecida,—en brazos del príncipe Karesh.

Apresuráronse todos sus compañeros á presentarle plácemes y congratulaciones; sólo Stefanito se mantenía separado:—sólo él estaba aparte.

—¿Y mis hijos?, fue la primera pregunta de la Princesa.

—Tus hijos no corren ningún peligro, y esperan tu llegada.

—Poco ha faltado para que no me hubieran vuelto á ver jamás,—dijo Elena.

—¡Mi amada Elena! repetía el Príncipe, estrechándola muchas veces sobre su corazón. Cuando la Princesa pudo andar y fue á montar á caballo, vio el Príncipe que su mujer estaba sin zapatos.

—¡Cómo! ¡Es posible! ¡Tú, tan delicada, ¿cómo has podido andar descalza?

—Todo lo que yo apetecía era encontrarme á tu lado, poder llegar hasta tí, díjole Elena sonriendo.

Fue preciso subir sobre el caballo á Stefanito y ponerle junto un soldado que lo sostuviera, porque se hallaba sumamente débil.

Y luégo, al sonido penetrante del clarín, reconcentróse la tropa, y marcharon aquellos hombres, justamente en el instante en que, trasmontando el sol las Rocas de *Doña Fu-*

lana, derramaba en el camino que había de conducirlos, sus rayos de intensa luz.

Algún tiempo ha transcurrido después del relato de estos sucesos. Una armadía llena de felos y banderas, baja con algarazas y alegría, las ondas del Bistriza.

Sobre el puente, ostentosa de dicha y de belleza está la Princesa Elena rodeada de sus preciosos hijos;—y no muy lejos, el Príncipe, que sostiene con Stefanito animada conversación.

—Tú vivirás siempre con nosotros, y nosotros todos te queremos, como si fueras de nuestra propia familia,—decíale el Príncipe.

—Nó. Ruego á Vuestra Alteza me conceda el permiso de separarme. En la guerra, me encontraréis siempre junto á vos; pero en vuestra Corte, me parece que no es mi centro, y que no estoy en mi lugar.

Y cumplió irrevocablemente su palabra.

Muchos combates hubo y escaramuzas muchas, antes que el país, azotado por sus opresores, los Turcos, quedara libre. Por todas partes en donde la lucha fuera sostenida y ardiente, allí se encontraba á Stefanito; sin que la muerte,—contra la que en tantas ocasiones peligrosas se había enfrentado,—hubiera querido arrebatarlo.

Mientras vivió, fue siempre el mismo hombre, sencillito, callado, inofensivo; y cuando en edad avanzada llegó á morir, encontraron que llevaba sobre el pecho, un bucle de hermosos cabellos de oro.

CARMEN SYLVA.

GRACIAS

A la encina que es asiento
De los cuervos y los grajos,
Desde el día que sus gajos
Desnudó la edad y el viento,
Con su dulce y alto acento,
Como en época lejana,
Que era joven y lozana
Y el asilo de su amor,
Ha venido el ruiseñor
A cantar esta mañana!

A. LAMBERTI.

APOLÍNEA

Yo quiero el verso fácil; que tenga, cual la seda
ó cual la piel de un niño, la suavidad que anima
la mano cuyo tacto lo delicado estima;
yo quiero el verso, tierno, cual ramo de reseda.

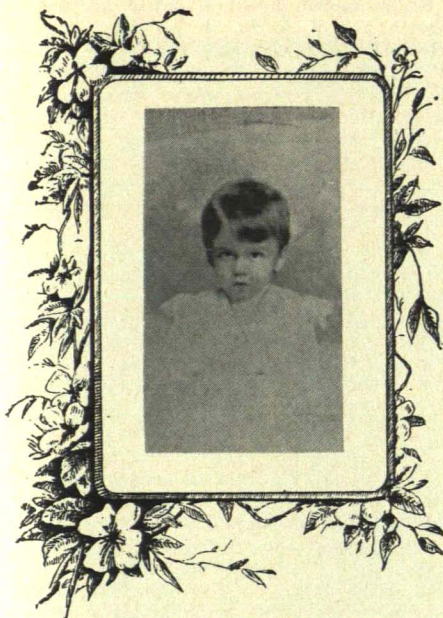
Que finja los contornos del iris que se enreda
sobre las verdes frondas ó sobre la alta cima;
que surja niveo y terso y espire en dulce rima,
como el dilecto cisne junto á los pies de Leda.

Yo quiero el verso dócil al labio y al oído,
con vibración que exprese la magia del sonido
y arranque de las almas esencias misteriosas:

el verso que se nutre de cosas ignoradas;
que emerge en los capullos al beso de las Hadas
y lleva de áureo carro las riendas, victoriosas!

L. TORRES ABANDERO.

Caracas, 1902.



ANIMA FILII

(MANUEL ANTONIO)

Llanto es la vida. Cuando el alba tiende
Por el cielo sus pálidos fulgores,
El rocío llorando se desprende
Sobre el abierto cáliz de las flores.
Solloza el manantial; el aura gime
Al resbalar en las volubles hojas;
Y la amada del sol cándida nube,
—Donde sus tintas la mañana imprime,—
Cual nuncio de las íntimas congojas
Que la contienda mundanal encierra,
Del seno amargo de los mares sube
Para inundar en lágrimas la tierra.

Y es consuelo llorar; que si en la calma
En que el dolor se nutre de sí mismo,
No ofrece el llanto á la aflicción del alma,
—Nuevo Jordán,—reparador bautismo,
Sumido el sér en su delirio, á solas,
Apura doble, abrumador tormento,
Y cual náufrago en lucha con las olas
Entre sombras se agita el pensamiento.
Mas si al medir su férvida amargura
El corazón entre sollozos vibra,
Pone en cada latido más ternura
Y más noble tensión en cada fibra.
Duelo sin ayes, su rigor ensaña;
Pesar sin voz, la fortaleza agota;
Cuando siente el volcán arder su entraña
Descanso encuentra si la lava brota.

Bien hayas, alto don! Lágrimas mías,
Volved, volved á refrescar mi pecho,
Y en las horas dolientes y sombrías,
Cuando en vano interrogue al hijo amado
O á los embates del dolor deshecho
Grite mi corazón despedazado,
Recoged como bálsamo á mi pena
El recuerdo del bien desvanecido,
Y mezcladas con él, en larga vena,
Regad las flores del hogar querido.

*
**

¡Ay! esas flores, antes tan lozanas,
Hoy pálidas aguardan y llorosas
La vuelta de sus púdicas hermanas,
Las cárdenas violetas y los lirios,
Las blancas azucenas y las rosas
Que al resplandor de macilentos cirios
Fueron á embalsamar, como en ofrenda
De triste afán y de doliente angustia,
El yerto mármol donde helada y mustia
Ayer estuvo de mi amor la prenda.

Y vanamente esperan. La fragancia
De esas hijas del alba y el rocío,
Por siempre huyó de la mortuoria estancia
Con el alma inmortal del hijo mío.
Ellas dieron allí su casta esencia,
Cual leve mirra, en impalpables nubes,
Y él, al par, como aroma de inocencia,
A la esfera subió de los querubes.
Al rendir el aliento, ante mis ojos
Quedó su rostro de ternura lleno,
Cual del ánfora rota en los despojos
Queda el perfume que impregnó su seno.
Y sobre el cuerpo donde ardió la lumbre
Leve y fugaz de su preciosa vida,
Cayó después, con lenta pesadumbre,
La tierra por mi llanto humedecida.

*
**

En todo cuanto es luz, canto y colores
Anhela hallar mi triste pensamiento
Algo que con su sér palpite ó hable;
Y en el mudo coloquio de las flores,
En los suspiros del lejano viento,
O del ave en la música inefable,
Vienen mensajes suyos á mi oído
Que al salvar la indecisa lontananza,
Infunden en el pecho adolorido
La dulce vaguedad de la esperanza.
Llegan cual ecos de la eterna gloria,
Y al mitigar mis íntimos anhelos,
Despiertan, más radiante, en mi memoria
La visión infinita de los cielos.
Sueña el alma otra vez con la ventura,
Torna á subir del terrenal ambiente,
Porque divisa tras la niebla oscura
El suave albor de su perdido oriente.
Y va en alas de nuevas ilusiones
En pos de alivio á su dolor inmenso,
Cual se elevan á Dios los corazones
Por la espiral sagrada del incienso.

*
**

¡Cuánto de luto y de misterio y sombra
Cerca á las almas en la humana esfera!
La misma luz que en la gentil mañana
Dora y esmalta la campestre alfombra
Y ciñe á la inocente Primavera
La guirnalda de virgen soberana,
Con sañudo rigor desciende luego
Del inflamado azul del horizonte,
A envolver en atmósfera de fuego
Y convertir en yermos desolados,
La falda en flor del empinado monte,
La verde loma y los risueños prados.

Junto al gozo el pesar. En las alturas
De donde, con el sol, brota la vida,
El huracán sus ráfagas purpúreas
Cierne sobre la tierra combatida.
El hombre lucha, y su vigor quebranta,
Y cuando al triunfo la ilusión convierte,
Confunde el himno en que su gloria canta
Con vibraciones lúgubres de muerte.
Si la amarga verdad el pecho evoca,
Se exacerba la pena que lo abruma,
Como al batir en la escarpada roca
Rompe la mar en hervorosa espuma.
Yo interrogo en mi férvido delirio
Al sér amado que la tumba esconde,
Y en vano, en vano extrémo mi martirio,
Que sólo el eco á mi clamor responde.
A tanto afán el corazón desmaya
Y á la amargura abandonado queda;
Nave impelida á tempestuosa playa
Sin que una mano socorriera pueda.

Vibre en el grito que mi labio exhale
Toda la angustia que en el alma siento;
No hay ya dolor que á mi dolor iguale,
No hay lamento que acalle mi lamento.

*
**

¡Ay! ven á mí, Resignación sublime,
Compañera del bien, virtud cristiana;

Calma el pesar que al corazón oprime,
La sangre ten que de la herida mana.

*
**

Apagaban su brillo las estrellas,
Cercana ya la luz del nuevo día,
Y desde el lecho dirigí las huellas
A desierto lugar, donde la cuna
En que el perdido bien antes dormía,
Se hallaba como prenda abandonada,
Envuelta en un reflejo de la luna
A que daba el cristal furtiva entrada.

Reinaba en torno silencioso duelo,
Y el pálido destello parecía
Una lluvia de lágrimas del cielo
Que sobre el breve cabezal caía.

Allí, de hinojos, cual imagen muda
Del Supremo Dolor, lloraba ansiosa,
El semblante á los cielos convertido,
La que el amor á mi existencia anuda
Con vínculo eternal, la dulce esposa
A quien me viene á unir con nuevo lazo
La aguda pena por el sér querido
Que arrebató la muerte á su regazo.

Vencedora la lumbre matutina
Bañó el recinto y nuestra faz doliente,
Y en la cuna, al través de la cortina,
Vibró su claridad intermitente.
Con pupila nublada por el lloro
Surgir miramos del sutil encaje
Vagos contornos de alabastro y oro,
Cual los que pinta el sol sobre un celaje.
Y de improvisó, como niebla para
Que anima, con la aurora, el aura leve,
Se alzó del hijo amado la figura,
Más blanca que los copos de la nieve.
Al brillo tenue de la luz remisa
Verlo creímos y aspirar su aliento,
Oír su voz, gozar con su sonrisa,
Palpar su sér, sentir su pensamiento.
En la frente mostraba reflejada
Del serafín la mística dulzura,
Y ofrecía en la límpida mirada
Todo un cielo de amor y de ternura.....
Borrada la visión en raudos instantes,
Cerró la cuna aterrador vacío,
Y el lloro acerbo de la madre amante
Corrió mezclado con el llanto mío.....

*
**

Ni un lirio queda ya, ni una azucena
De cuanto ornó su tumba; sólo brilla
La guirnalda inodora y amarilla,
Emblema vivo de mi amarga pena.
La maternal solícitud decora
Con nuevas flores el sepulcro abierto;
Mas ah! ni en él, cuando el alivio implora,
Encuentra paz el corazón desierto.
Madre infeliz, las rosas que aquí dejas,
En vez de dar á tus angustias calma,
Al marchitarse exaltarán tus quejas
Y aumentaran las sombras de tu alma.
A más clara región ir es preciso
Para apurar la fuente del consuelo,
Que no mora en la tierra el Paraíso
Y es patria de los ángeles el cielo.

Si anhelamos soñar con la ventura
Y al sér querido convertir la frente,
Sigamos ¡ay! por la divina altura
La huella de su amor, tras nuevo oriente.
Y halle, en pos de tan altas ilusiones,
Alivio el alma á su dolor inmenso,
Cual hallan á su Dios los corazones
Al subir por la escala del incienso.

MANUEL FOMBONA PALACIO.

Enero de 1903.

CRÓNICAS DE POETA

LOS COLIBRÍES DE FRAY SERAFÍN

VII



BUEN hijo de San Francisco, Fray Serafín amaba los animales. Pero no los amaba líricamente á la manera del poeta de Asis, en el hueco de

cuyas manos, puras y blancas cual hostias, como en el hueco de una joya celeste, bajaban á beber claras gotas de rocío las golondrinas del cuento.

Parece que á la muerte del Santo, que en memorable ocasión, predicándole en latín, pudo convertir al cristianismo no sé qué lobo feroz, célebre por sus fechorías, y que en abril, en las tibias noches claras, al fuego de las estrellas, entablaba sutiles disertaciones teológicas con algún viejo ruiñeñor de la Umbría, sabio en música y en amor; parece que á la muerte del divino bohemio seráfico las bestezuelas que tanto amara, se hubieran tornado más que nunca melindrosas y esquivas.

Ya no bajaban como antaño á las manos seráficas las avecillas del cielo! Ya no se repetían las escenas que cuentan amables crónicas místicas, de los leones del desierto que ayudaban á los solitarios de la Tebaida, labrando con el marfil de sus uñas las sepulturas de los hombres!

¿Acaso la inocencia por clara y humilde había huído del mundo?

Fray Serafín no se hacía tales preguntas.

El amaba los animales pero de manera bien distinta á la del poeta seráfico. El los amaba pero con esa pasión enfermiza que anima á los coleccionistas, ya sean ellos numismáticos, entomólogos ó filatelistas; con esa misma pasión, ardorosa y febril, que en muchos degenera en locura, verdadera manía que arrastra á algunos hombres á través de todos los obstáculos, en pos de una antigua moneda, de un insecto raro ó de una vieja estampilla.....

Recién llegado de España y de su tórrida tierra andaluza, Fray Serafín había encontrado en Caracas el mismo cielo y el mismo sol de su patria. El cielo, milagroso tapiz crepuscular bordado con los mismos estambres de oro y púrpura. El sol con el mismo fuego voraz que labra las naranjas como joyas prodigiosas; y para su ardorosa pasión de zoólogo, nuestra fauna tropical de que es tan rica la montaña del Avila.

**

Hábil cazador, de las montañas del Avila trajo para su museo particular, establecido en el convento, los más raros y bellos ejemplares.

Cazó jaguares de piel manchada y pupilas de oro; cazó venados de ojos femeninos y pezuñas de carbón; zorras cuyas colas son palmas de fuego; perezas melindrosas y plañideras, y puso trampas y armadillos, entre las rocas, sobre los claros pozos profundos, para atrapar los raros perros de agua, que ladran de noche y fantásticamente como en cuentos de ensalmos y brujerías.

En serpientes no fue menos rico su museo: las cascabeles de anillos resonantes; las corales finas y sutiles; las tigras ligeras y como tiznadas de hollín; las macaguas majestuosas adornadas con escudos de bri-

llo especular; las zapas, asquerosas y lánguidas, y por último las venenosas viejitas del opaco matiz de una hoja muerta.

Y si en cuadrúpedos, y reptiles fue pródigo el Avila no lo fue menos en aves. Los bucares del Avila le dieron todos sus gonzalitos y las lagunas del Tuy sus garzas: garzas blancas, garzas rojas, elegantes y finas, de largas patas melifluas, como dos raros y tristes pareados alejandrinos.....

Y bajo sus hábiles manos de embalsamador y artista los animales tomaron las más diversas actitudes. Y las había en posturas académicas y arcaicas.....

**

Pero de todos los animales que cayeron bajo el plomo certero de su escopeta, los que con más pasión artística colocó en su museo, fueron los que cazó en el propio jardín del convento: estos fueron los colibríes. Los colibríes á quien la musa de Hugo, enorme y delicada, en bella frase decadente, milagrosa como un sortilegio, apellidara el estornudo del sol: los colibríes, que de la verde sierra del Avila bajan á los jardines de las casas caraqueñas á libar en el hueco de las rosas la miel para sus finos picos sitibundos, inverosímiles y largos como hebras; los colibríes, finos y resonantes como rimas, mezcla andrógina de flores y gemas, sortijas con alas, arracadas de alguna musa del trópico muy oculta en el cauce de las quebradas.

Cada día un nuevo ejemplar raro caía bajo las flores del jardín. Los había de todos los colores y de todos los matices. Los había verdes con toda la inmensa escala del verde: desde la esmeralda más oscura y espesa hasta el más desvanecido, el más tenue, el más imposible verde que brilla algunas veces en las clareantes pupilas de ciertos gatos: los había rojos desde el rojo vivísimo de la gota de sangre hasta el rojo opaco de los cobres pulidos: los había azules como onda de mar hasta el zafir más leve: los había amarillos cual la más preclara amatista arzobispal; y los había en mezclas ambiguas, en algebraicas combinaciones, de los más imprevisos efectos de verdes y rojos, de amarillos y azules..... Y los había de todos los tamaños: desde el colibrí que vive en el corazón de la montaña gordo como una nuez hasta el más insignificante, minúsculo y brevísimo del grandor de la más breve camándula.

**

Fray Serafín miraba la sierra del Avila como una gran mina enorme de cuyas entrañas misteriosas y verdes partía en fantasmagórico vuelo, hacia los jardines de las casas caraqueñas, aquel enjambre de joyas con alas. Para él el Avila que para la mayor parte de los caraqueños no deja de ser otra cosa que una pesada mole fastidiosa de arquitectura deforme, nido de sierpes y terremotos, era una inédita mina encantada, de la cual extraía las más finas joyas extrañas. Su colección de colibríes por lo varia y pintoresca era la maravilla del museo. Pero Fray Serafín miraba el Avila con mirada melancólica.

El sabía ó había oído hablar de cierto raro colibrí, de belleza singular por lo escaso y esquivo, zahareño como una rima, blanco como un jazmín y breve como una perla. En verdad, el ponderado colibrí, era según lo decían las gentes que en muy raras ocasiones lo habían visto como una perla que tuviese el prestigio del vuelo.

Ese colibrí singular nacido en el más oculto riñón de la sierra avileña, de blancura y pequeñez inaudita no había podido llegar á sus manos. Y su colección de colibríes era pobre y mezquina mientras no poseyera la esquivada joya alada, el jazmín de pluma diminuto, el imposible colibrí de nieve.

En su pasión febril el fraile se fué de cacería por el Avila, de quiebra en quiebra y de risco en risco como un cazador de poema, en pos de la preciosa alhajilla fúlgida. Pero sus manos después de mil fatigas volvieron casi siempre vacías. Su empeño fue siempre nulo. Sus manos virtuosas y febriles no aprisionaron nunca el pajarillo levísimo, casto y místico, de albuca ideal como una frágil lágrima trémula. Pero si de sus escursiones por la montaña nunca trajo el milagroso colibrí, en la red de sus nervios y en la fuente de su sangre, trajo prendida, como pegones voraces, el germen de una enfermedad traicionera y mortal. Fray Serafín enfermó de fiebre amarilla, ese azote del trópico.

Al cabo de pocos días el buen fraile cerró los ojos para siempre.

**

Yo que he visto en su museo, las guacamayas, las culebras y los monos pensativos, en las más raras actitudes que el buen fraile embalsamador les diera; yo que he visto más de una vez su milagrosa colección de colibríes, su colección incompleta, como se miran las joyas á través de los escaparates de los joyeros, me he imaginado una vana leyenda que abrió su flor invisible en el silencio de la última hora del buen franciscano.

Es muy probable que el buen fraile á la hora de la muerte, realizara su ideal imposible: es muy probable que en el delirio de la fiebre, ya para amanecer, en el postrer instante, á la hora de la comunión, el buen fraile zoólogo, mirara en la sagrada forma mística de la hostia el colibrí de nieve que tanto amara en la tierra: y es muy probable que en ese momento se imaginara que el mismo Espíritu Santo, tomando la forma de un colibrí de nieve había descendido sobre su boca para llevarse su alma, ligera como un perfume, más allá de donde alumbran las pálidas constelaciones, más allá de donde aldearán es un rubí.

A. FERNANDEZ GARCIA.

1903.

NOCTURNO

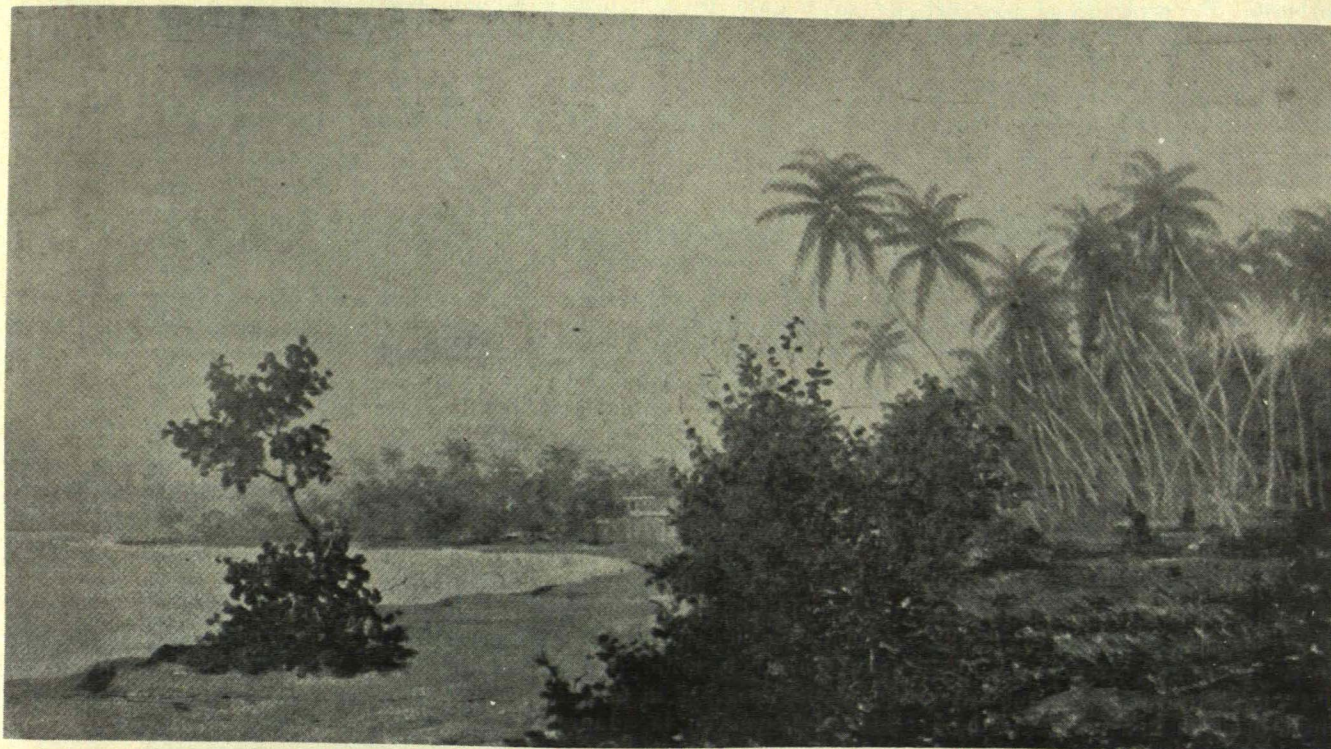
Para Ramón A. Catalá.

Al llegar á su alcoba,
obscura y solitaria,
la engañosa careta
á pedazos arranca,
y queda al descubierto
aquella faz tan pálida
que entre los muertos mismos
honda impresión causara.

Vibra al principio trémula
en sus manos el arpa,
con un preludio lento
de notas apagadas;
después surge el «motivo,»
y es su armonía extraña
inaudito concierto
de risas y de lágrimas.

Elévanse en tumulto
aquellas notas raras
que las nocturnas aves
escuchan espantadas.
Y crecen, siempre crecen....
Hasta que al fin el arpa
prorrumpiendo en un grito
de odio y amor, estalla!

FABIO FIALLO.



PLAYA DE MAUTO. — Por Martín Tovar y Tovar

LA FRANCESCA

DE GABRIEL D'ANUNZIO

Los héroes de D'Anunzio no corresponden á la imagen de la pareja dantesca. En ésta hay algo de puro y apasionado, una mezcla indefinible de gracia y de desesperación que la coloca para siempre fuera y encima de nuestra realidad humana. La *Francesca* de antiguo gusto nos parece, en cierto modo, la encarnación eterna de los crímenes del amor. La *Francesca* de D'Anunzio es simplemente—por más esfuerzos que haya hecho para embellecernosla—una joven mal casada que burla á su marido. Y sus héroes no aciertan á revelarnos la larga serie de deseos y de sueños que los condujo hasta el adulterio. Hablan y obran delante de nosotros. Pero lo que pasa en el fondo de su alma nos queda oculto.

Este defecto, empero, no es de D'Anunzio. Es del género que él ha escogido para su nueva obra, del género del drama, que por su propia naturaleza repugna tales revelaciones. La tragedia de Racine podía hacernos conocer los sentimientos de sus héroes, la lucha de deseos y aspiraciones de sus almas. El drama moderno, con sus exigencias de verosimilitud y de acción, no lo puede. O más bien, como lo comprendió el genio maravilloso de Wagner, lo puede, pero con ayuda de la música, y con tal que ésta se encargue de expresar las emociones, mientras que la palabra, la mímica y las decoraciones nos presentan la acción.

En el teatro, sólo la música podría hacernos penetrar en los tiernos corazones de Paolo y de Francesca. Diré más: en Dante mismo la vida inmortal que anima para nosotros esa *pareja desolada*, no consiste en el vigor trágico del relato, ni en lo adecuado del estilo, ni en la belleza de las imágenes; depende en su totalidad de la música poderosa y sensual con que supo el poeta impregnar aquellos versos.

Eso debió comprenderlo D'Anunzio, cuyo ferviente wagnerismo es conocido. Y el hecho es que *Francesca* no es tanto un drama cuanto una ópera, ó, si se quiere, un drama lírico, á la manera de *Tristan* y de los *Maitres Chanteurs*. Una ópera en que desgraciadamente falta la música, en que las palabras solas constituyen la acción, mientras que la mímica, las decoraciones, todo el conjunto de la *mise en scène* sirven para reemplazar en cuanto es posible, el elemento musical, para hacernos más conmovedora la suerte de los héroes.

Por ejemplo, el primer acto. Estamos en Roma en la casa del padre de Francesca. Y vemos desde luego las doncellas de ésta, *Alde*, *Hauteclair*, *Adonelle*, *Blanchefleur*, ocupadas en preparar para su señora aceite de espliego. Trabajan, rien, cantan, se cuentan alegres historias, ó bien se divierten con un bufón, que se muestra feliz con sus burlas. La escena se prolonga, y estaría uno tentado á creerla inútil; pero en realidad es un pre-

ludio, algo como la exposición del *motivo* de gracia y de voluptuosidad que va luego á desarrollarse al través de todo el drama. Y viene en seguida la exposición del segundo *motivo*, terrible, bárbaro y sangriento, que un gloriador wagneriano llamaría *el motivo del crimen ó el motivo del odio*, después del amor. A los risueños jóvenes suceden delante de nosotros Ostasio, hermano de *Francesca*. Comienza por hacer aprisionar al inofensivo bufón, por temor de que *Francesca* sepa por él el engaño urdido para obligarla al matrimonio. Porque es al bello Paolo á quien presentan ante la joven como su novio, en lugar del siniestro Juan, á quien se teme que rechace. Y sólo en Rimini y en la noche de sus bodas será cuando reconozca á su verdadero marido. Llega en seguida otro hermano de Francesca, el bastardo Bannino. Los dos hermanos se odian de muerte, y pronto Ostasio se pone á maltratar á Bannino con atroces injurias y á golpearlo hasta quererle quitar la vida. Hay entonces un diálogo, bastante largo también, del que cada palabra exhala olor á sangre. Y luego, en fin, el drama se abre. Francesca con el alma llena de malos presentimientos, trata sin embargo, de consolar á su hermanita Samaritana. No ha querido hasta aquí ni siquiera alzar los ojos al marido que la va á poseer. Se pasea de brazo con su hermana, evocando tiernamente mil recuerdos de su vida feliz, cuando de repente aparece delante de ella Paolo.

Ella permanece inmóvil, apoyada en un arbusto. En presencia el uno del otro se miran sin articular una palabra, sin un gesto. Las damas en la *loggia* se prodigan en coronas, y los músicos dan el tono en sus instrumentos. Entonces Francesca se separa de su hermana, va lentamente hasta un sarcófago donde ha plantado un rosal, coge una rosa encarnada y, siempre silenciosa, se la ofrece á Paolo. El telón cae mientras que el coro de las jóvenes canta las dulzuras del amor y se oyen, á lo lejos los gritos con que implora desesperadamente Bannino el bastardo.

Toda la pieza está concebida en este espíritu, con este arte paciente, ingenioso y profundo. Sin cesar los dos temas alternan al rededor de la pareja trágica, solicitando ya nuestro terror, ya nuestra compasión. En el acto tercero la escena de la lectura está precedida por un delicioso intermedio—danza, canciones, evocaciones de leyendas amorosas, cortinajes que se entrecienden hacia el mar y hacia las montañas azules—todo destinado á crear una atmósfera de ternura sensual en la que, un instante después, admitiremos, excusaremos, aprobaremos que los dos amantes se den el primer beso. El cuarto acto, por el contrario, pertenece íntegro al odio. En él oímos, desde luego, los aullidos desesperados de un viejo gibelino que los Malatestas tienen preso en su castillo; luégo el más joven de los hermanos de Paolo corta la cabeza del prisionero y la presenta en la escena, donde la vemos desangrarse en un paño rojo, hasta el fin del acto. Y vemos desplegarse á nuestra vista, más siniestros aún que esta cabeza ensangrentada, los odios fratricidas, las traiciones, la glotonería feroz de Giovanni, las bajas y pérfidas burlas del tuerto. De minuto en minuto sentimos descender sobre nosotros como un viento de muerte. Así prepara el autor la catástrofe del acto final.

Pero hay un acto sobre todo, el segundo—el más bello de todos—en que los dos temas opuestos se mezclan para producir un efecto lírico de una intensidad admirable. *Francesca*, espantada del matrimonio que se le ha impuesto, y más aún, del engaño á que se ha prestado Paolo para constreñirla á él, anda tristemente de una torre á otra, del tuerto de su marido. Llega á la cima de una de esas torres en el momento en que desde ella lanzan fuego griego sobre la facción gibelina de los Parcitadi que sitia el castillo. Y hé aquí que halla á Paolo en ese lugar de carnicería. Le reprocha su engaño, le deja entender que lo ama y lo compromete á ha-

cerse matar para borrar la mancha de su honor. Paolo, ebrio á la vez de amor y de matanza, se expone sin armadura á las flechas gibelinas, una de las cuales lo hiere en la cabeza, y cae desfallecido en brazos de Francesca, mientras que á su alrededor se multiplican los gritos de muerte, mientras que el fuego vuela, mientras que las campanas dan el toque del combate. La flecha, sin embargo, se detiene en los bucles del joven.

Francesca, desde que se la extrae, imagina reconocer en ella un signo de lo alto. Se dice que la mancha que empañaba el honor de Paola acaba de ser borrada y que su amor mismo está excusado. Invención que en una tragedia correría el riesgo de parecer quizá muy fantásticas. Pero *Tristan* y el *Crepúsculo de los dioses* abundan en invenciones del mismo género, sin que nadie tenga que objetar. Y jamás, en verdad, Wagner en sus libretos ha sabido darles el brillo poético, la riqueza de imágenes ni el vuelo animado que tienen en la admirable ópera de D'Anunzio.

TEODORO DE WYZEWA.

LOS DESTINOS DE LA MUJER

EN RELACION CON LOS PROBLEMAS PEDAGÓGICOS

Las discusiones de que fue objeto en años anteriores el problema feminista y la diversidad de opiniones que acerca del mismo se formularon, fueron eficaces á entorpecer su solución antes que á facilitarla. Todos cuantos estudiaban el problema llegaban tarde ó temprano á exclamar como Fausto:

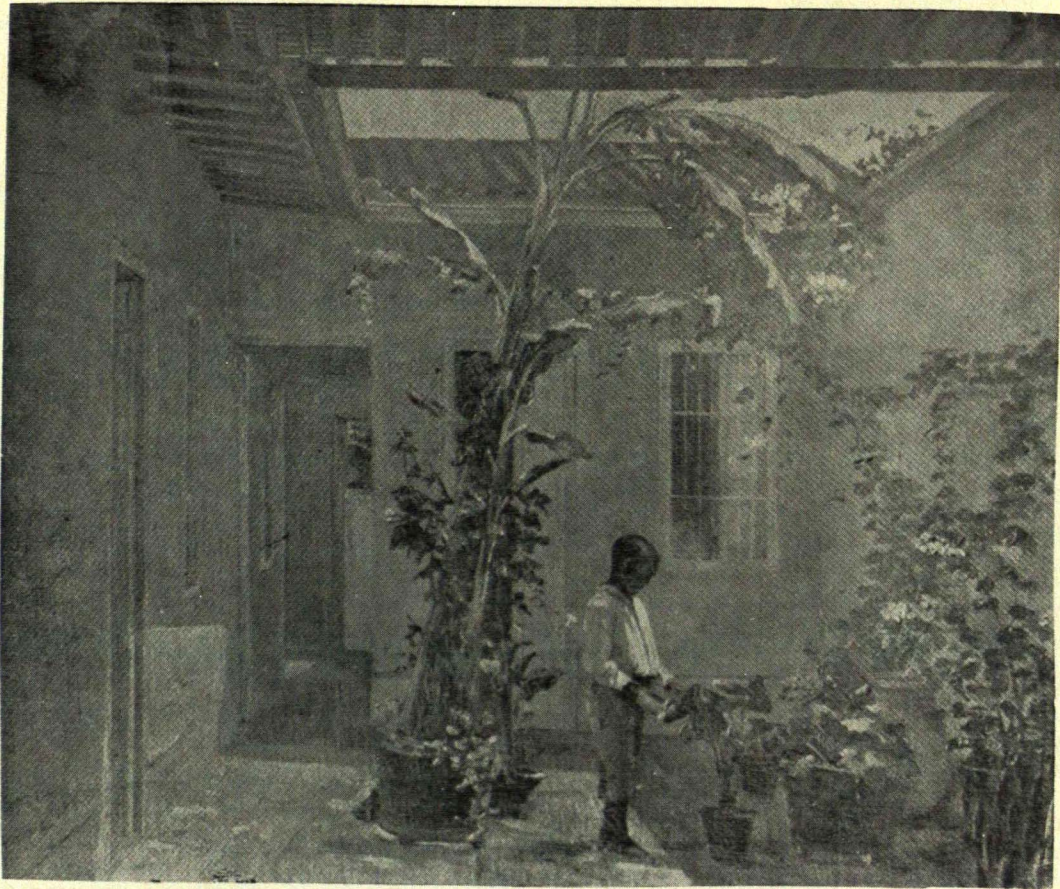
Da steh' ich nun, ich armer Thor!
Und bin so Klug, als wie zuvor.....

Afortunadamente se ha operado un cambio radical en la manera de estudiar el problema feminista, y las frases huecas, pero sonoras, y las demostraciones *ad absurdum*, han sido reemplazadas con métodos científicos basados en datos exactísimos. A los llamamientos que se hacía á la justicia y á la razón han sucedido los argumentos estadísticos, económicos y biológicos, y las obras en que se expresan estos argumentos científicamente agrupados constituyen hoy día una literatura cuyo estudio es en sumo grado interesante. En ella ocupan lugar eminente las obras publicadas por Lili Gischitzky-Braun, Adela Gerhardt, Elena Simón, Clara Zetkin y Oda Olberg, representantes conspicuos del movimiento feminista alemán. No menos interesante es el libro de Ernesto Gistrot acerca del amor durante el siglo XIX y de la evolución que ha sufrido durante el mismo período. Los ideales del amor y de la familia, dice, tienen su historia. En Alemania, durante el primer cuarto del siglo XIX, ó sea durante el período romántico, los ideales del amor eran mujeres como Gretchen, Ifigenia ó Dorotea; más tarde estos tipos femeninos perdieron todo interés bajo el influjo de la evolución económica que se operaba en el país, y el ideal de la juventud

alemana fue la mujer que trabaja y que se basta á sí propia. Antes, la única carrera de la mujer era el matrimonio; pero poco á poco se comprendió que basar en él el porvenir de una joven, era imposible, y la antigua Gretchen, que no traspasaba los umbrales de su casa, se transformó en la Gretchen de nuestros días, que trabaja en los almacenes ó en las casas de comercio y que no da cuenta á nadie de su conducta. La crisis experimentada por el amor no se observa únicamente en las clases humildes, sino también en las aristocráticas; ya no se requiere para el matrimonio el mutuo cariño de los novios, sino la igualdad de posición social ó la conveniencia de las familias. Naturalmente, estos matrimonios no pueden servir de modelo para solucionar la actual crisis del amor. ¿Cuál ha de ser, por lo tanto, la solución más eficaz de ella? La contestación á esta pregunta no es tan fácil como pudiera creerse, y en vano se han esforzado en hallarla los pensadores más ilustres de nuestra época. Tolstoi y Björnse-Björnson han expuesto repetidas veces sus teorías acerca del particular sin resolver la cuestión. Las ascéticas doctrinas del primero son contrarias á las ideas modernas, y el estimar que el amor sexual es un mal que es preciso suprimirlo, es destruir la vida y sus leyes más santas. Las teorías de Zola, expuestas en su novela *Viecondití*, se aproximan á la realidad mucho más que las de Tolstoi. Björnson no es contrario al amor sexual, pero sí aconseja abstenerse de él hasta el matrimonio, puesto que resulta absurda la existencia de dos morales: la una para el hombre y la otra para la mujer. Björnson cuenta en su patria con numerosos adeptos, especialmente entre las mujeres, dispuestas á exigir á sus futuros maridos igual seriedad y compostura que la que de ellas se requiere. Pero esta teoría carece de fundamento en la realidad.

Al observarse que las precedentes teorías, lejos de resolver el problema lo complicaban, se operó un cambio en la manera de estudiarlo. Fundáronse asociaciones como el *Ejército de Salvación*, la *Cruz Blanca* y algunas más, y en las Universidades de Noruega los profesores se declararon partidarios de la absoluta continencia hasta el matrimonio, demostrando que no sólo era saludable, sino necesaria, y pudo creerse un momento que la campaña emprendida daría resultados provechosos. Sin embargo, de allí á poco la *Cruz Blanca* fue desapareciendo, y los clamores de los médicos y de los sociólogos se calmaron hasta el punto de perder toda influencia. La vida siguió siendo lo que era antes, pues los novadores, en su afán de resolver el problema, no habían reparado en la esencia del mismo: en que para conservar intacta la moral del hombre, precisa ante todo dar una base sólida á la moral de la mujer y evitar que el amor se venda, para lo cual lo único necesario es poner al sexo débil á cubierto de la miseria. El tan debatido problema se reduce lisa y llanamente al del trabajo de la mujer.

El movimiento feminista es, por lo tanto, un factor eficazísimo de la regeneración social. La mujer es quien más padece á con-



Cuadro de Martín Tovar y Tovar

secuencia del actual estado de cosas, y las relaciones que hoy día existen entre los sexos hieren profundamente sus sentimientos más santos y sus más generosas inclinaciones. Por esta razón los *leaders* del movimiento feminista, lejos de trabajar por el logro de los fines propuestos por Björnson, dirigen sus esfuerzos á mejorar la condición material y social de la mujer. Uno de los representantes más conspicuos de este movimiento, Clara Zetkin, lo define del siguiente modo: «El movimiento feminista es la expresión de la inclinación de la mujer hacia un desenvolvimiento completo, al mismo tiempo que un ensayo de sus fuerzas, encaminado al perfecto desarrollo de éstas». Primitivamente, los partidarios del feminismo se deshacían en protestas contra la familia y los deberes que impone, es decir, eran partidarios del individualismo. Las exageraciones, tanto de los defensores del nuevo sistema como de sus enemigos, fueron inevitables entonces; hoy día la evolución que se ha operado en el feminismo exige de los que discuten la mayor imparcialidad. En Alemania el movimiento feminista no tiene más objeto que hacer accesibles á las mujeres carreras reservadas hasta ahora á los hombres. Pero ¿acaso el logro de este fin resolvería la cuestión social? ¿Acaso el ingreso de las mujeres en el Parlamento y en los Municipios, en la Administración del Estado y en los Ministerios, no vendría á aumentar las dificultades con que hoy día se tropieza para ganar el sustento? Y no sólo esto: ¿serán los nuevos

deberes y derechos de la mujer compatibles con los que hoy día le incumben? La misma Clara Zetkin reconoce que á medida que la mujer adquiere nuevos derechos, más clara y evidente aparece la contradicción entre éstos y los antiguos; lo cual, á su modo de ver, no demuestra sino la complicación del problema y la estrechez de las actuales teorías feministas. El problema de la mujer es una parte nada más del problema social. La igualdad entre los sexos y la mejora de las condiciones del trabajo permitirán que los hombres y las mujeres no sólo sean compañeros, sino esposos; es más: la organización de la familia será mucho más perfecta y más íntimo el consorcio entre sus individuos, pues la educación que recibirá el hombre le hará que exija de su esposa una dosis de ilustración que no se adquiriría antiguamente. La obligación que tiene la mujer de ser maestra de sus hijos requiere conocimientos nada escasos, siempre y cuando que esta función deba ejercerse como es debido.

Dos libros se han publicado últimamente acerca de tan interesante cuestión. El uno se debe á la pluma del profesor Moebius, antifeminista convencido; el otro está escrito por Laura Marholm, autora de la *Psicología de la mujer*. Ambos tratan de la influencia que ejerce en la fisiología femenina el desenvolvimiento intelectual. El profesor Moebius es de parecer que, dado el cansancio intelectual que producen en el hombre las denominadas profesiones liberales, la mujer

ha de compensar ese cansancio con una dosis de salud y de vigor sin la cual la humanidad no tardará en degenerarse y en perecer. A medida que se perfecciona la educación de la mujer, la salud de ésta disminuye y su naturaleza se debilita. Las mujeres muy ilustradas no son fecundas, y cuando tienen hijos éstos son débiles y raquíticos, dice Moebius.

Laura Marholm se expresa en términos parecidos. «¿Acaso no es un crimen, pregunta, robar la salud y la fuerza á los hijos por el mero placer de perseguir ideales personalísimos?» La realidad demuestra que la respuesta á esta pregunta tiene que ser afirmativa; pero no falta quien, como Oda Olberg, conteste á las razones de Moebius y de Laura Marholm demostrando que el trabajo intelectual no es el único eficaz á agotar las fuerzas, y que la labor puramente física produce el mismo efecto, puesto que las clases pobres padecen desde este punto de vista idénticos males que los ricos. ¿No resulta á todas luces injusto, pregunta Oda Olberg, que porque el hombre trabaje demasiado intelectualmente, deba la mujer observar una continencia intelectual que sirva de compensación? En este caso, añade, sería preciso establecer una ley matrimonial en cuya virtud cuanto más inteligente fuese el hombre, más tonta habría de ser la mujer.

A tales extremos conducen las argumentaciones de los defensores y de los enemigos del feminismo. A la novela *Fecundidad*,

contesta Oda Olberg demostrando, con gran acopio de datos, que el descenso de la población es señal de adelanto y de progreso, y que á medida que las condiciones de vida de una clase determinada de la sociedad se perfeccionan, su fecundidad disminuye, y aduce el siguiente cuadro estadístico publicado por Bertillon en el que se expresa el coeficiente de natalidad, según la posición social de la mujer, en las cuatro grandes capitales de Europa:

FOR CADA 1.000 HABITANTES

	Berlín.	París.	Viena.	Londres.
--	---------	--------	--------	----------

Cifra media.....	102	79	153	109
Barrios muy pobres....	157	108	200	147
Idem pobres	129	95	167	140
Idem acomodados.....	114	72	155	107
Idem más acomodados..	96	65	153	107
Idem ricos.....	63	53	107	87
Idem muy ricos.....	47	34	77	64

¿No es cosa de preguntar si esa disminución de la fecundidad proporcionalmente al grado de bienestar de la mujer no será eficaz á producir la desaparición de la especie humana, y si ese progreso evidente y constante de la cultura no es dañoso y perjudicial? No lo creemos: la naturaleza cuida de que exista un equilibrio entre los nacimientos y las defunciones, y la civilización, cuanto más perfecta es, más tiende á que ambos coeficientes sean iguales. La fecundidad no hay que apreciarla por el número de hijos, sino por la calidad de éstos, y desde este punto de vista el progreso hace que la mujer sea más fecunda que antes. Entre la fecundidad física y la moral existe un cierto antagonismo, pues á medida que una mujer tiene más hijos, menos puede ocuparse del desarrollo y de la educación de sus inteligencias. Por eso es preciso que la mujer se ilustre, se perfeccione y sea capaz de dar á sus hijos una educación moral vigorosa y útil, sin preocuparnos de si su fecundidad padece, y teniendo en cuenta solamente que cuantos menos hijos tenga, más robustos y más inteligentes serán éstos.

E. LOZINSKI.

CANTOS DE INVIERNO

En el Album de la señorita Lucrecia Cisneros

En esas tardes grises, cuando las lomas del Avila altanero visten de brumas, y hacia el derruido alero van las palomas á cobijar los nidos bajo sus plumas;

Pensando en las riberas y los palmares que circundan tu lago, y en tus hechizos, por el éter errantes van mis cantares ondulantes y negros como tus rizos.

No dejes que se pierdan en la distancia; ni que en lóbrega noche mueran de frío; porque turban y embriagan como fragancia, porque besan fugaces como el rocío.

Y de las tardes grises, cuando las lomas del Avila altanero vistan de brumas, á mi olvidado alero vendrán palomas que cobijen los nidos bajo sus plumas!

R. BENAVIDES PONCE.

Caracas, 1903.



«VERSOS CRÜELES»

Estigma.

Clava en mi pecho tu perfidia! Clava sobre mi pecho tu puñal! Ahonda! Hasta que el hierro sin piedad responda á tu conciencia delincuente y prava.

Y no te ocultes! Como intensa lava saldrá del pecho la sangrienta onda, antes que presa de terror se esconda tu mano un tiempo de mi mano esclava.

Horrendo estigma que al perdón resiste será en tu vida miserable y triste la marca impresa por mi sangre ardiente.

Y de extinguirla tratarás en vano, porque al borrarse en tu rebelde mano mucho más negra infamará tu frente!

1902.

ANDRÉS MATA.

LA «MONTAÑA DE AMOR»

(CUADRO DE LA VIDA ARAUCANA)

Las Cordilleras iban tornándose suavemente azules bajo el crepúsculo muriente. Sus cimas, á trechos veladas de bruma, huían hacia el cielo, agudas y erectas algunas, otras redondas y graciosas, semejando guirnaldas de rosas blancas.

A lo lejos, el azul se impregnaba de ligera sombra. Al pie de las vertientes, cuyos pliegues monstruosos aparecían erizados de follaje poderoso y silvestre, extendíase el campamento del cacique Sakamata. El silencio gravitaba sobre la llanura, y los indios, en el umbral de sus toldos, esperaban con cierta extraña superstición mezclada de éxtasis la venida de la noche.

Las tiendas estaban diseminadas en la pradera envueltas en aromas sutiles y violentos. Mas allá la pampa tomaba matices violáceos y su inmovilidad hacía pensar en la calma infinita de un lago.

Al oriente se erguía la tienda de Sakamata. Era la más rica y la más ámplia. El cacique se hallaba sentado dentro de

ella, grave y melancólico: inclinaba la frente levantada y ancha y sus ojos parecían explorar su propia alma, tan profundos y fijos estaban.

Muy cerca corría el arroyo de Tomen-Waou, desgranando sus aguas á lo largo de las sinuosas orillas, á compás del canto indolente de la onda caprichosa. Arriba, las alas de un condor remaban lentamente por el tranquilo espacio.

Un largo relincho atravesó de pronto la soledad: era un «guanaco» que corría al viento de la tarde.

El cacique exhaló un sordo gemido; hizo un gesto, y recayó en su inmovilidad. ¿Qué amargos pensamientos llenaban su espíritu?

Antes había sido heroico y temible; infinitos trofeos habían exornado sus años juveniles y robustos; guerreros de renombre se habían arrodillado á su paso; en el fondo de la imaginación de los muchedumbres había quedado impresa su fisonomía, como una medalla inmortal y gloriosa. Había vencido pueblos y razas; había pillado, saqueado, matado, incendiado campos, aldeas, regiones enteras; había pasado, como un lam-



ESTUDIO DE MARTIN TOVAR Y TOVAR

po infernal, por sobre las fértiles llanuras, á lo largo de los ríos lujuriosos de caudales, á lo largo de las montañas y por el dorso de sus pendientes.

Sakamata! Los índicos poemas lo celebraban. Sakamata! Su nombre rimaba canciones guerreras.

Las mujeres más bellas habían sido sus amores, y á menudo, en la alta noche, habían rondado su tienda.

¿Deploraba Sakamata la ausencia de aquellos tiempos de epopeya y de amor, en los que la gracia y el esplendor de las cabelleras de las indígenas beldades se habían confundido con los rápidos fulgores de los más sangrientos combates? Cuán triste debía parecerle la vejez, desolada y triste después de tanta gloria!

Levantó la cabeza.

Rouna, su carísima hija, la más pura de las vírgenes, estaba delante de él. Vestía una tela ligera y blanca, que portaba á la manera de las vestales. Era bella hasta el misterio; tenía chispeantes espejos en sus ojos y cuando destrenzaba con sus dedos finos y ágiles su cabellera de cambiantes reflejos, pasaban por los aires estremeci-

mientos brillantes y radiaciones de oro. No era el levante tan espléndido como los cabellos de Rouna. Cada mañana los enjugaba á la orilla del arroyo; y la onda amorosa y acariciadora reflejaba aquella maravilla á la cual hacían cortejo todas las gracias del cielo matutino.

Todo su cuerpo era grácil y terso, tal un tallo de lys; y su alma era tan límpida como las fuentes de las Cordilleras.

La tribu la adoraba como á una diosa.

Rouna miraba al anciano con sus ojos perlados de estrellas.

—Padre, se dice que Djaneké estará de vuelta antes del crepúsculo.

—Djaneké! Djaneké! murmuró suavemente el cacique.

—Los araucanos alaban sus proezas que, gritan, atravesarán los siglos futuros.

El anciano se estremeció y no contestó.

—¿Qué dices, Padre? ¿Por qué estás triste?

—Invoco, oh! Rouna, hija querida, la Divinidad de la tarde!

Rouna se alejó un poco. Se dirigió hacia un arbusto que abría espléndidas flores, y todos sus cálices parecieron tributar-

le su perfume á los encantos de la india.

Los contemplaba fijamente; luego les habló:

—Flores amadas, frágiles flores en las cuales he depositado mis ensueños de amor, pronto el amado estará entre nosotros. Le diréis, corolas llenas de las delicias de mi corazón, que noche y día he cantado cerca de vosotras su nombre: Djaneké! Djaneké!

Y como para responder á la tierna virgen, de pronto, á lo lejos, resonaron gritos de entusiasmo:

—Djaneké! Djaneké!

Aquel tumulto de fiesta crecía. Era un prodigioso clamor. Las tiendas se agitaron.

Rouna había palidecido de gozo. Corrió hacia el cacique.

—Padre, padre, hélo ahí!

El anciano no se movió. Pasó un instante; el ruido se acentuaba; ya se oía distintamente el galope de los caballos.

El cacique se levantó y salió con una lanza sobre la cual se apoyó. Aquella arma estaba colorada con manchas de sangre: era la lanza de sus victorias.

—Yo también, exclamó muy bajo, fui

clamado por las turbas delirantes; yo también he vuelto cubierto de heridas victoriosas. Y ahora.....

«Djaneké con su gloria eclipsa la mía..... Los pueblos son ingratos!

«Ni una voz que cante mi nombre!

«Sakamata es el sol que se hunde. Djaneké es la resplandeciente aurora que se levanta.»

Y un vahido nubló sus ojos.

Apareció un ginete. Rouna se abrazaba palpitante al arbusto hacia el cual había vuelto.

El cacique temblaba ligeramente.

Djaneké echó pie á tierra. Era grande; musculado como un tigre; salvaje y bello. Portaba un ancho cinturón de cuero; plumas de fiandú se agitaban en una especie de casco que le ceñía la frente como una diadema.

Vió á Rouna. Un instante se contemplaron. ¿Se besaron sus almas?

—Te saludo, divinidad de mi corazón, la dijo. Recibe en eterna oblación mi amor y mi culto.

Ella respondió:

—Te esperaba. Mi alma estaba desolada sin tus miradas. Estas flores te repetirán mi plegaria de amor.

Djaneké se volvió hacia el cacique:

—Oye, oh! veneradísimo jefe. Tu hija Rouna acaba de pronunciar los votos de mi corazón. De la prueba que me impusiste he salido victorioso, más allá de toda esperanza. He destruido la tribu de los Mapuches; todos han sucumbido, mujeres, niños, todos; sus bestias mismas ya no existen. El aliento de mis guerreros ha dispersado hasta las cenizas de sus campamentos. No queda nada de ellos. Los ríos se han enrojecido con la sangre de la tribu indómita..... Todo lo he hecho por amor á Rouna. Por ella, domaría y exterminaría á todos los pueblos. ¿Soy ahora digno de tu hija? oh! Sakamata?

El cacique permaneció silencioso. Todos esperaban las palabras del anciano. Rouna se adelantó suplicante.

—Respóndeme, oh! Sakamata.

—Responde, padre querido.

El cacique, adusto, dijo por fin:

—Djaneké, eres valeroso. Amo tus hazañas. Sin duda otros fueron más célebres. Recibe mi abrazo.

Y aquellos dos hombres se estrecharon solemnemente.

Los indios lanzaron exclamaciones de alegría.

—Rouna, continuó el cacique, honra mi vejez. «La quiero por mi esposa,» me has dicho; pero ¿hallará ella la dicha bajo tu tienda? Los labios de mi hija y su corazón merecen más dura prueba.....

—Para conquistar á tu hija, oh! Sakamata, iré por el mundo destruyéndolo todo á mi paso; si lo exiges, te traeré las lanzas de todos los jefes de las tribus vecinas. Ordénalo, oh! jefe venerado.

—Toma á Rouna sobre tus espaldas, Djaneké, antes de que el sol se levante; y, en un solo aliento, trepa con ella á la cima de las Cordilleras. Si realizas esta hazaña, Rouna será tuya.

—Acepto.....

Y ni una emoción turbó la faz de Djaneké.

* * *

Los tenues vapores del alba no se habían desvanecido aún, cuando los indios, adornados con sus más bellos «wnaralkas» esperaban en silencio y angustiados al pie de las Cordilleras.

Aparecieron Djaneké y Rouna; sonreían melancólicamente. Una voz se levantó contra el cacique; el joven héroe hizo callar con una mirada al imprudente.

De todas partes gritaban:

—Sé fuerte, Djaneké! Sé fuerte!

El cacique, que esperaba impasible ante la multitud, al ver á los dos jóvenes exclamó:

—Apresuráos! Va á salir el sol.

Luégo, los abrazó.

Djaneké se volvió hacia los indios, hacia la pampa, hacia el horizonte. ¿Temía?

De pronto, tomó á Rouna, la levantó, la colocó sobre sus espaldas reteniendo con sus brazos nervudos el cuerpo de la muy amada, y emprendió marcha hacia las Cordilleras, hacia el calvario!

Hubo un movimiento entre los indios, como un vaiven de oleaje.

Y nuevas voces se oyeron:

—Djaneké! Djaneké!

Después, reinó el silencio.....

Djaneké y Rouna, como soldados el uno á la otra, habían desaparecido detrás de una roca gigantesca semejante á una silueta de ictiosauro. Se les divisó entre los árboles inmóviles, por entre los cuales marchaba ya fatigado el mancebo. El sol, entre tanto, incendiaba las vertientes y las cimas. La tribu estaba deslumbrada: los indios, trémulos de agonía y de ansiedad, de admiración y de temor, veían la pareja que parecía ascender á un nuevo cielo de amor.

Djaneké subía.

Sus fuerzas parecían centuplicadas. ¿Su carga no era acaso una delicia, toda su vida?

Una grandiosa esperanza le sostenía.

Y dijo en alta voz:

—Rouna, te llevaría así hasta las nubes. No temas. Tu amante ha vencido tribus y tribus de los más temibles guerreros: también vencerá la montaña.

—Descansa, Djaneké, no oigas á mi padre. Huyamos. Viviremos juntos, solitarios y en una paz infinita. Temo que sucumbas.

—No pronuncies tales palabras, Rouna. Yo no puedo ser perjuro. He jurado trepar las Cordilleras.

Volvió á callar.

De la pampa subía un ruido débil, débil. Diríase el murmullo de un arroyo.

La montaña se hacía áspera y negra. Cavernas por todas partes. A la derecha murallas de granito. Djaneké se iba hacia la izquierda. Cerca negreaba un precipicio. Retrocedía, volvía á intentar el paso, tomaba un sendero de bestias.

Hubo un momento en que sintió flaquear las piernas. Le palpitaba fuertemente el

corazón. Sin embargo, á Rouna que le interrogaba ansiosa, contestaba:

—Mis fuerzas no me abandonan; pronto habrá concluido la prueba.

Ya no se oía nada de la pampa. Habría querido volverse á ver; debía estar muy alto. No osó, empero, levantar los ojos hacia las cumbres.

Subía, subía sin cesar con una energía brutal.

La garganta se le estrechaba. Oh! la sed! nueva tortura!

Ahora reinaba la absoluta soledad: el sol estaba, sin embargo, en todo su esplendor y el desdichado Djaneké no veía sino la noche. Sus dedos se crispaban en el cuerpo de Rouna. La sed lo torturaba.

De pronto vaciló..... iba á caer.

Un deseo inmenso de tenderse con su carga se apoderó de él..... Se detuvo..... pero una voz severa le gritó: perjuro! perjuro!

Y continuó su mortal ascensión.

Ya se arrastraba; la cima estaba próxima: empero ¿llegaría á ella? Las sienes le palpitaban. Ante sus ojos, mariposas rojas revolaban entre llamas ardientes, ya erectas, ya esparcidas en círculos infinitos. Sus pies, sus rodillas sangraban. Un copo de espuma salía de su boca.

¿Qué garras registraban su pecho? Ah!..... sus dedos, ó más bien, sus garras le buscaban el corazón! Las sentía rasgándole el seno, las fibras..... Quiso llamar..... Rouna! Rouna!

Ella, horriblemente pálida, había comprendido que su amante se moría. Y pensó: «moriré también; nos unirá la muerte.» Bruscamente, Djaneké sintió que se aproximaba su fin.

Cayó y permaneció con la frente contra la tierra.

Sin embargo, allí cerca resplandecía de nieve la cima!

Rouna tomó la cabeza del Amado. La volvió á abandonar inerte. Sus ojos permanecían inmensamente abiertos y tenían una dulzura infinita.....

Djaneké no existía ya!

Rouna exhaló un grito espantoso.

Ahora, la india, apretados los labios contra la boca helada de Djaneké, respiraba en ella la muerte.

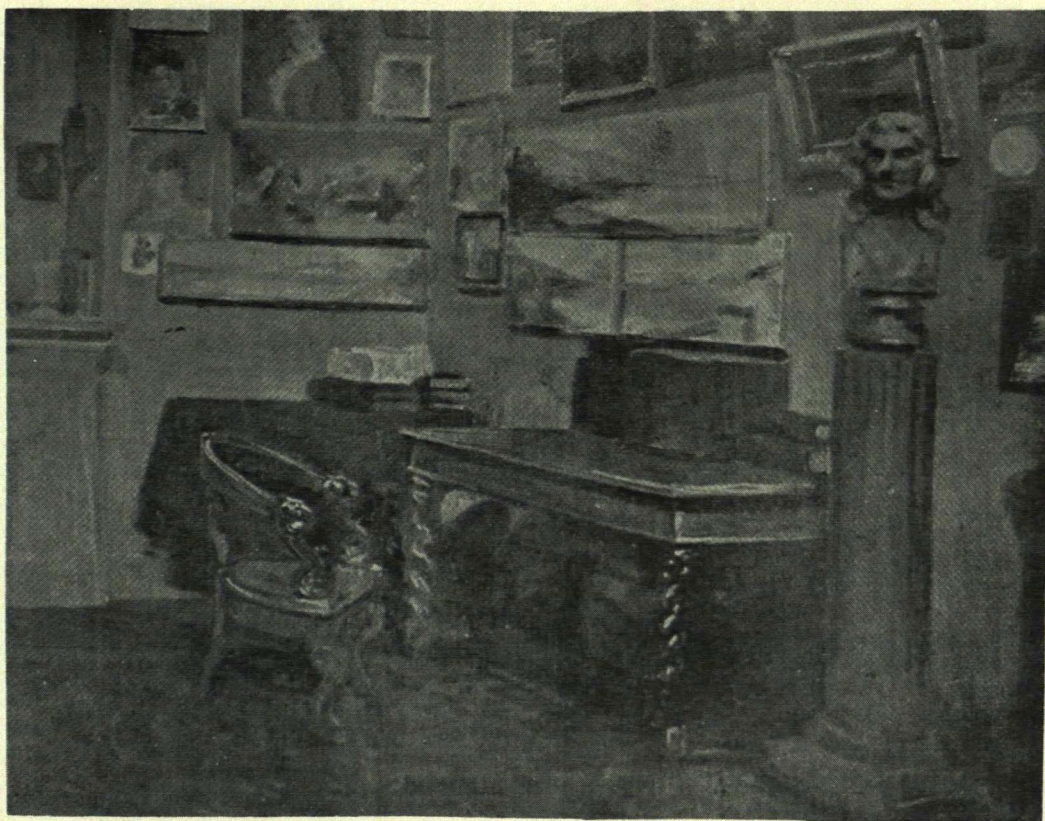
Y sonreía con una bella serenidad.

La muerte era la unión suprema, indisoluble, en un más allá de amor infinito.

Y vino la muerte, y la joven india, la dulce vírgen, Rouna, la más bella y la más pura de las desposadas, inclinó su cabeza doblegada por un beso mortal y la dejó caer sobre el cuerpo de Djaneké, el más noble y el más heroico de los amantes.

Entonces, al pie de las Cordilleras los indios oyeron súbitamente que en la montaña resonaba como una lamentación sobrehumana, que se prolongaba lúgubre por el espacio.

Y comprendieron, por un misterioso presentimiento, que allá arriba Djaneké y Rouna habían muerto; y, como la montaña, también lloraron, mucho tiempo..... mucho tiempo.



Taller de Tovar y Tovar en París, en 1885

LETRILLA A ROSANA

No siempre amor prepara
De rosas sus cadenas,
Ni están de fruto llenas
Las ramas del placer.

De tí ya me separa
Crudo deber tirano;
Tu rostro soberano
No he visto desde ayer.

En vigilancia activa,
Junto al arnés y espada,
Sólo el pensar me agrada
Que atiendo al común pró;

Y mientras que festiva
Pasas la noche ufana,
Velando por Rosana
Paso la noche yo.

Mi pecho apesadumbra
Del sitio la aspeza,
Si alivian mi tristeza
Los brazos de esa cruz.

La negra estancia alumbra
Del que rendido te ama
La vacilante llama
De moribunda luz.

Sitial de tablas duras
Y capas protectoras,
Confortan pocas horas
Del día que ayer ví;

Y entre armas y armaduras,
Caballos y guerreros,
Dos fieles compañeros
Descansan junto á mí.

¡Descansan!... ¡Ah! Su pecho
Está de amor vacío,
Y yo siento en el mio
Abrasador volcán.

¡Descansan, y en mi lecho
Yo agito mi quebranto,
Y turbo con mi llanto
Los sueños que tendrán!

Si cedo al sueño, un eco
De pronto me despierta
Y del cansado ¡alerta!...
Escucho el largo són;

O el relinchido hueco
Del alazán brioso,
Que aumenta estrepitoso
El cóncavo artesón.

Al que apartado gime
De tus divinos ojos
La vida es toda enojos
Y aborrecerla voy,

Si tu beldad no imprime
En mi ánimo la calma;
Si, como teme el alma,
No vuelvo á verte hoy.

Mas ya á mi lecho duro
Su rayo el sol envía;

Ya dora el nuevo día
Mi lóbrega prisión:

Y del recinto oscuro,
Donde penando mora,
A ti vuelas, señora,
Mi amante corazón.

JUAN DE LA PEZUELA.
(Conde de Chestre.)

LOS ESPEJOS

Testigos siempre mudos; en épocas remotas
Copiaron los virreyes y oidores de Castilla,
De rojizos jubones y de blanca golilla,
Y escucharon las frases de pasiones ignotas;

Más tarde á los acordes de las rítmicas notas,
He visto por delante de su luna que brilla,
Cruzando las parejas del valse ó la cuadrilla
Cual trazan en el agua su vaivén las gaviotas;

Esa noche ellos dieron los alegres reflejos
De abanicos inquietos é irizados diamantes;
Y hace poco miraron los antiguos espejos

—En la hora solemne, majestuosa y tranquila—
Apagarse la llama de unos ojos brillantes
Y temblar de los cirios la llorosa pupila.

GUILLERMO POSADA.

Colombia.

NOTAS LITERARIAS

En torno al casticismo.—Literaturitis.—La cuestión de los líricos.

En la descripción que hace nuestro compatriota Andrés Jorge Vigas, del viaje del americano Carner al través de la enmarañada foresta tropical, de esa maraña que dió nombre á la extraña aventura del cruel vasco Lope de Aguirre, por cierto paisano del autor á quien me voy á referir, hay una página que me ha obligado á admirar más que muchos discursos castelanos, la fuerza transformadora del conquistador, cuya sangre dejó en América la huella indeleble del alma española.

Es el bosque virgen lleno de espinas y monstruosas flores, el que Vigas describe con su pluma vigorosa, la espesura donde brilla el ojo de la fiera y gime el viento en la impenetrable hojarasca, en el ambiente saturado de olores y venenos; es el negro lago de asfalto donde se retuercen los esqueletos de los tigres bajo el esplendor de la luna que ilumina aquellas soledades rumorosas; y en ese bosque, en que se agazapa la noche, el audaz explorador yankee oyó al indio, descendiente de los primitivos aborígenes, gritar en el pavor de ver al hombre blanco después de siglos: «¡ me voy ! ¡ me voy !..... Ese grito lanzado en castellano, en pleno corazón de la selva, es el mayor elogio que puede hacerse del abuelo conquistador que trajo bajo su dura coraza la semilla de una civilización; en los labios gruesos del indio esas palabras de un idioma que cruzó el misterio del mar sobre las frágiles carabelas, cantan la grandeza de la antigua España.

A España debemos conocer para conocernos mejor á nosotros mismos, puesto que retoño de ese árbol somos, y es por ello que me parece de verdadero interés para nosotros, el libro *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, publicado muy recientemente por la «Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales», que trata de aclimatar en España la novísima sociología.

«La tradición eterna», primer capítulo de la obra, después del prólogo de rectificaciones, es á manera de preámbulo sinfónico, riquísimo en armonías espirituales, que prepara al lector para el gran espectáculo de los capítulos subsiguientes, los cuales comparo á cuatro actos: en el primero está la tristeza petrificada de la extensa llanura castellana, en cuyo fondo dibújause las siluetas de Don Quijote y Sancho; en el segundo, la roca en que descansa el castillo de Segismundo, y más allá, en una penumbra eclesiástica, el jubón de terciopelo y la gorguera rizada de Don Pedro Calderón de la Barca; óyese en el tercero la voz de los Luises, y mírase á Teresa de Jesús en mística ataraxia ante un Cristo sanguinolento; y cambia en el cuarto por completo la decoración para dejar ver la España de los Cánovas y Sagastas, del género chico y del marasmo nacional.

Al tratar de la casta histórica preséntase á Unamuno ocasión de pintar de mano maestra el paisaje plano ó desolado de Cas-

tilla. Geográficamente aparece allí España semejante á ciertas regiones de Venezuela: «Por cualquier costa que se penetre en la Península española, empieza el terreno á mostrarse al poco trecho accidentado; se entra luego en el intrincamiento de valles, gargantas, hoces y encañadas, y se llega, por fin, subiendo más ó menos, á la meseta central, cruzada por peladas sierras que forman las grandes cuencas de sus grandes ríos».... «Los grandes aguaceros y nevadas descargando en sus sierras y precipitándose desde ellas por los empinados ríos, han ido desollando siglos tras siglos el terreno de la meseta, y las sequías que les siguen han impedido que una vegetación fresca y potente retenga en su maraña la tierra mollar del acarreo. Así es que se ofrecen á la vista campos ardientes, escuetos y dilatados, sin fronda y sin arroyos, campos en que una lluvia torrencial de luz dibuja sombras espesas en deslumbrantes claros, ahogando los matices intermedios. El paisaje se presenta recortado, perfilado, sin ambiente casi, en un aire trasparente y sutil»..... «Recórrense á las veces leguas y más leguas desiertas sin divisar apenas más que la llanura inacabable»..... «En el fondo se ve muchas veces el espino de la sierra..... Son estribaciones de huesosas y descarnadas peñas erizadas de riscos, colinas recortadas que ponen al desnudo las capas del terreno resquebrajado de sed, cubiertas cuando más de pobres hierbas.....»

Trasplantado el español á estas tierras tropicales se encontró amenudo rodeado de un paisaje semejante al que lo había visto crecer, que no contribuyó á modificar su sensibilidad y que al contrario arraigó más su dureza, su soledad interior y su individualismo altanero. Porque, á mi entender, son los españoles y somos nosotros sus descendientes los que poseemos aquel individualismo á que atribuimos, quizás falsamente, la virtud y grandeza de las naciones del norte: individualismo que nos aísla, que nos hace mutuamente desconfiados y tiranos y que nos aleja de la verdadera solidaridad social, precisa para la obra común; individualismo rayano en anarquía. «Arrastrados por el espíritu del anarquismo, dice en otra parte Unamuno, que llevamos todos en la médula del alma.» Es así como pedimos «un nuevo Napoleón, un gran anarquista», como si necesitáramos un instinto dominador de nuestros instintos sublevados.

A esa organización, ó desorganización, psíquica del español y sus descendientes hay que agregar la circunstancia externa de que en España, y más tarde en Venezuela, vivió y vive el hombre tan diseminado en pequeños grupos y poblaciones separadas por grandes distancias, y muchas veces tan solo, que no ha sido fácil establecer sólidos vínculos de recíproca comprensión y simpatía, sentimientos homogéneos y colectivos, indispensables para constituir una conciencia nacional.

El producto humano del medio físico castellano se perpetúa en ciertas regiones venezolanas. Aquel hombre que «de ordinario suele ser silencioso y taciturno mien-

tras no se le desata la lengua» es el padre de nuestro llanero; como él tiene bailes «uniformes y lentos», y sus cantares son «gangozos, monótonos también, de notas arrastradas, cantares de estepa con que llevan el ritmo de la labor del arado.»

Quien haya oído un golpe ó un corrido de nuestros campos ó el silvar de los peones que conducen las recuas ó los ganados al través de los caminos polvorientos, bajo la llama del sol, habrá adivinado la árida tristeza de esas almas hermanas de la del labriego de Castilla.

El espíritu castellano lo encuentra plenamente exteriorizado Unamuno en la literatura y sobre todo en el teatro calderoniano.

«El valor, valor de toro: ¡Vé á vencer! —dice arrogante el rey á Rodrigo de Vivar en *Las Mocedades del Cid*—y en éstas al morir Rodrigo Arias, repite á su padre: Padre ¿he vencido? ¿he vencido?..... yo muero, padre ¿he vencido?»

Castizo es el horror al trabajo; el hidalgo no debe tener callos en las manos. El botín, sí: «Se va á tierra de moros á meterse en «arrancadas provechosas» para ganarse «averes». Desde el Cid á Sancho lo mismo; éste acomete al fraile de San Bernardo y le quita el hábito porque «aquello le tocaba á él legítimamente como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado.»

Y con el botín, la guerra en que es fácil conseguirlo, y como escribió Tirso

Bien haya, amén, quien inventó la guerra que de una vez un hombre queda rico aunque en mil años haya visto blanca.»

«Pan y toros, y mañana será otro día! Cuando hay saquemos tripa de mal año, luego..... no importa» son frases netamente castizas que Unamuno cita. Aquí decimos: «Hay que ser *chirato*..... El que venga atrás que arree..... y á mí qué»..... Y de todo ello sacará el lector las consecuencias del caso y hará las comparaciones que yo no tengo tiempo ni ganas de hacer. Lo que también es muy castizo.

En el capítulo sobre mística y humanismo se verá el esfuerzo de santas y santos por romper la pesada corteza histórica para ponerse en contacto con el alma universal; que ellos simbolizan en Dios; y el *naturismo* de Fray Luis de León, que más tarde inspiró á nuestro insigne Andrés Bello su silva á la fecundidad y belleza de la zona torrida, y la cual más que todo es un canto nostálgico, quizás una manera de trasladar á Londres un poco de sol, en un día de bruma y frío á las orillas del Támesis; canto en que aparecen demasiado llenas de vicios las ciudades y demasiado idílicos los campos. Cierta es que el poeta habitaba en una ciudad.

El marasmo actual de España es tan parecido al de Venezuela que no me atrevo á copiar un párrafo de ese capítulo; sólo recordaré la despiadada afirmación de Cánovas del Castillo, allí citada: «aquí los jóvenes prometen hasta los treinta años en que se hacen unos badulaques.» Y como tengo esa edad no he dejado de experimentar cierta tristeza.



CAÍN. — Por F. Cormon

El libro de Unamuno es un tupido bosque de ideas; bajo cada árbol puede sentarse un hombre á meditar horas enteras, mientras la vida corre hacia la muerte, donde es probable que un día sepamos quién tuvo razón.

*

«Las reuniones de esos jóvenes, aun alrededor de los vasos de cerveza, son lúgubres. Esos infortunados no hablan sino de literatura.»

Los Contemporáneos.

No como Amiel, ni como Stendhal, ni como la llamada Nuestra Señora del Perpetuo Deseo, no para verse vivir, no para anotar los cambios de los paisajes interiores y los movimientos del propio espíritu, llevaban Edmundo y Julio de Goncourt el *Diario* que se ha hecho célebre en los anales literarios, sino para fijar día por día, con admirable paciencia y minuciosidad, valiéndose de su paleta de mil colores, la fisonomía de los seres y las cosas que los rodeaban, las palabras y los gestos de los hombres, que muchas veces más ocultan que revelan la verdadera intención del alma.

Judith, la hija de Teófilo Gantier, dice ahora en un capítulo de los recuerdos que publica, lo que su padre pensaba de los Goncourt y de sus famosos métodos y manías literarias. Escuchad este fino diálogo, que es para mi gusto uno de las mejores críticas que de los hermanos artistas se ha hecho:

Teófilo: ¿Qué piensas de los Goncourt?

Judith: Cuando vienen se está contenta

de verles, muy interesado por lo que dicen, y sin embargo no se siente uno cómodo, diríase que se está en clase..... que no se tiene el derecho de decir estupideces..... es raro..... no sé como explicarlo.

Teófilo: Te comprendo, tanto mejor cuanto que conozco el origen de tu impresión que es muy parecida á la mía. Apesar del encanto de su conversación, su desenfadado y su desinterés aparente, siéntese en ellos una preocupación, una tensión de espíritu. No hablan como yo, por ejemplo, simplemente, por el placer de hablar: estudian, observan, se proveen de documentos.....

Judith: Sí, eso es. Y aunque no tengamos sino que escuchar nos sentimos incómodos. Tú mismo no estás como siempre, algo te molesta.

Teófilo: Sí, por momentos, de repente me pongo inquieto y no me atrevo ni á desabotonar mi paletó; me escuchan con una atención tan intensa, con tan evidente voluntad de retener, de aprender de memoria lo que oyen, que me siento desconcertado..... ¿Cómo decir todo lo que se nos ocurre, cuando se tiene la sensación de que se habla tal vez para la posteridad? Conviértese uno en tímido y afectado como ante un aparato fotográfico. Y observa bien, si se me escapa alguna barbaridad, no obstante la deferencia respetuosa que tienen por mí, están de tal manera locos de realismo, que la cogen al vuelo y la reproducirán de preferencia, exagerándola apesar de ellos..... Así se corre el peligro de aparecer más tarde bajo una luz tan peligrosa como insensata..... Sí..... tengo la impresión de que toman notas:

cuando no se les mira deben de escribir en los puños de sus camisas.

Judith: ¿La literatura es pues para ellos un deber sin recreación?

Teófilo: Están dominados por la literatura. Para las más bellas flores son siempre activas abejas, nunca mariposas. Ahora, ¿dime lo que piensas de su talento?

Judith: No me es tampoco muy fácil contestar; me agrada tanto como me desagrada.

Teófilo: Explícate.

Judith: Ese estilo tan nuevo y tan complicado me interesa mucho, pero al mismo tiempo me distrae de la novela. Las palabras atrapan demasiado mi atención, las observo y olvido de que se trata; por lo demás, es casi siempre de cosas insignificantes. Las descripciones son perfectas, pero los lugares descritos feos y fastidiosos; los personajes son de sorprendente verdad, pero se desearía más no verlos, huir de ellos como de la peste, si se tuviera la desgracia de encontrarlos.

Teófilo: Tú exageras quizás un poco: «¡Catalepsia..... epilepsia!» Sin embargo, hay algo de justo en tu observación: es el contraste entre el estilo rebuscado y la rebuscada trivialidad del asunto. Engastan en un metal extraño y precioso, quijarros y cascos. No quieren escoger aventuras raras y dignas de ser contadas, y temen embellecer la vida; de ese modo llegan á ser tan fastidiosos como ella..... Esto no impide que sean encantadores y que tengan mucho talento..... Además son felices. Los admiro, los quiero, los envidio servilmente.

Judith: ¡ Los envidias! ¡ Por qué?

Teófilo: ¡ Cómo por qué? Trabajan como negros, es verdad, como presidiarios, como benedictinos. Se crean, por placer, dificultades insuperables pero que ellos superan; no se dan un día de reposo, pero sin que nada los obligue ni los oprima. Son independientes y no trabajan con su arte para vivir. Mas, basta de charla; no soy como ellos..... Yo, que desearía en este momento cincelar un soneto, tengo que descender á la montaña á buscar leña.....

Mientras así dialogaban Teófilo y Judith, Edmundo y Julio fraternalmente inclinados sobre las hojas en blanco del *Diario*, escribían, á la luz rosada del quinqué:

«Teófilo Gautier, faz pesada, rasgos caídos en el empastelamiento de las líneas, lasitud del rostro, sueño en la fisonomía, con las intermitencias de comprensión de un sordo, y alucinaciones del oído que le hacen escuchar por detrás cuando se le habla por delante.»

Los Goncourt, en su *Diario*, no son por lo regular muy benévolos con sus amigos y cofrades, lo que no es raro entre gentes de pluma. Aquí mismo, en nuestro pequeño círculo literario, no parece que nos apreciamos mucho unos á otros, si se ha de creer lo que he hallado en un cuaderno que encontré en un patio de la Universidad, al pie de la estatua de José Vargas; cuaderno que me he dado á suponer, pues no tiene nombre ni dirección, pertenece á algún ingenuo y perspicuo estudiante que trae de su provincia una maleta llena de poemas autobiográficos y prosas ardientes, y el cual por ahora se ejercita en anotar sus primeras impresiones y proyectos. Del cuaderno arranco, como curiosidad, algunas hojas de las menos indiscretas, las cuales apesar de estar escritas á vuelo de pluma no carecen de relativo valor documental:

2 de julio.—He tenido el honor de conocer á K, cuyo primer libro fue recibido por los intelectuales de mi pueblo como la revelación del arte nuevo y de la psicología modernísima. Ese libro puso á vibrar todos mis nervios y me hizo artista y pensador. De aquella época data mi *Muerte de la luna* y mi *Estudio sobre Schopenhauer*, á quien en verdad no conocía entonces ni he tenido tiempo de leer después, pero quien, según me informa P, ha pasado de moda. K es muy simpático y campechano; me ha invitado á tomar un vermouth. Tengo que confesar que me disgusta que K no conozca ninguno de mis artículos, publicados en la prensa del interior, y que me trate con cierto tono burlesco y protector.

18 de julio.—Me advierte P que desconfe de la sinceridad de que K alardea siempre en sus escritos, y me agrega que su ironía disfraza una cobarde doblez. Del renombrado O me informan que tiene una vanidad incomensurable, que su torre de marfil está apoyada en el más perfecto egoísmo, y que vive espantándose la mecha que cae sobre su frente, copiada de un retrato de la galería de EL COJO ILUSTRADO. P y K se han abrazado cordialmente en mi presencia.

3 de agosto.—K me refiere horrores de P, y también me advierte que no es conveniente exponer delante de él ningún proyecto literario; pues en seguida se va á su casa y con la idea ajena confecciona uno de sus azucarillos estéticos.

7 de agosto.—¡ Qué adorable poeta es X!

9 de agosto.—La opinión de O sobre X es que lo poco que tiene de poeta lo pone en sus versos y luego se queda con un alma de patán para la existencia cotidiana.

15 de agosto.—X, según W, no puede comprender la belleza griega porque es de raza india. W me explica que los grigos eran dolicocefalos y los indios braquicefalos, circunstancia que los obliga á juzgar el mundo de diferente modo. (Busco en el *Diccionario Enciclopédico*: dolicocefalos, hombres de cráneo largo; braquicefalos, hombres de cráneo ancho.) Soy braquicefalo. Me dedicaré al criollismo. Tengo un plan sobre el cacique Guaicaipuro.

19 de setiembre.—Me he fijado en W: es braquicefalo y sin embargo se deleita con una fotografía de la Venus de Milo y con la lectura de *Afrodita*. O las teorías científicas de W son falsas, ó el falso es el propio W.

5 de setiembre.—X proclama cínicamente en una reunión que en América la literatura no sirve sino para conseguir un empleo público, y que por los catorce pelotazos de un soneto han ascendido muchos á un Ministerio. ¡ Tendrá razón O!

20 de setiembre.—K es un farsante; ha tratado de ridiculizarme en un corrillo literario después de las públicas manifestaciones de aprecio que le he hecho. Me prometo demostrar, también públicamente, que K ha plagiado á Daudet, á Juan Montalvo y á Santa Teresa de Jesús.

8 de octubre.—Esta es una verdadera oligarquía que no quiere reconocer los verdaderos talentos que pululan etc.—Escribir sobre esto.

14 de setiembre.—Mi artículo contra K ha causado sensación; las personas serias me aplauden y felicitan. Me impondré al medio ambiente.

15 de setiembre.—K se ha reído de mi artículo que dice no importarle un comino, pero sé que en el fondo le ha dolido y que para siempre ha amargado su vida y destruido su reputación usurpada.

30 de noviembre.—El último poema de O es un desastre; como yo sospechaba no hay nada debajo de la mecha de su frente. Sin embargo el estilo es bonito y pueden aprovecharse algunas frases.

14 de diciembre.—Una revista mejicana elogia el poema de O, por lo cual he roto las cuartillas que tenía escritas contra él.—Buscar como se escribe Nische (filósofo alemán, según creo), para citarlo en un artículo.

28 de enero.—He tenido un hallazgo; me he encontrado con un manual del perfecto periodista por Loyson-Bridet, donde hallo varios términos que deben emplearse si se quiere tener un estilo elegante, por ejemplo: mundial por universal, mentalidad por inteligencia, conflagración europea por guerra en Europa, factura por composición,

pléyade de jóvenes por grupo de jóvenes, sugestivo, turbador, palpitante por interesante, efebó por joven, hierático por inmóvil, tonalidad por color, etc., etc.—Estudiar francés para probar la funesta influencia de la literatura parisiense etc.

31 de enero.—Me he retirado del curso de medicina. Un periódico de mi pueblo me ha nombrado su corresponsal en Caracas.

Acaso este joven que cultiva su desprecio por los colegas literarios y su justificable amor á la notoriedad, sea justo en sus anotaciones, pero es difícil comprobarlo pues por una hábil precaución ha sustituido los apellidos con letras mayúsculas.

*

En ese mismo *Diario* de los Goncourt, á que me refería anteriormente, se lee esta apuntación del lunes 18 de diciembre de 1893:

«El pequeño Hahn se sienta al piano y ejecuta la música compuesta por él sobre tres ó cuatro piezas de Verlaine, verdaderas joyas poéticas, una música literaria á la Rollinat, pero más delicada, más distinguida, más sabia que la del poeta.»

Ese pequeño Hahn es nuestro compatriota Reinaldo Hahn que hoy triunfa en París con su *Carmelita*, cuya música versallesca perfuma el encaje de los versos con que el moderno Cátulo canta el amor y el dolor de Luisa de la Vallière. Otro «lírico» que da gloria á Venezuela en tanto más de un «práctico» la desdora; otro «lírico» como Micheleña y Rojas, como Díaz Rodríguez, á quien *Le Temps* consagra en uno de sus últimos números, párrafos de entusiastas alabanzas y cuyos *Idolos rotos* merecen ser traducidos como lo espera el diario parisiense. ¡ Gracias, buenos «líricos» que cubris de rosas las heridas de la pobre Patria!

Aquí los periódicos no se cansan de repetir que lo que nos ha conducido al lamentable estado presente es nuestro *lirismo*; y yo, ó entiendo de diferente modo el vocablo, ó veo que es precisamente por falta de verdadero lirismo que hemos llegado al actual achatamiento, que hemos reducido la vida á satisfacer las más rudimentarias necesidades fisiológicas. Lirismo es para mí sinónimo de ideal, y el ideal es energía interna, fuerza profunda, entusiasmo, ánimo espiritual, confianza en el poder de la inteligencia, del valor y del trabajo.

Llévame mi extravagancia á afirmar que con un poco de lirismo en las venas podríamos acometer la magna y urgente empresa de nuestra regeneración. Nuestro único «lirismo» es tal vez creernos Quijotes, amigos de desfacer agravios y enderezar entuertos. Ni como el escudero somos, puesto que nos falta la fecunda salud moral; más que Sancho Panzas somos anti-quiotes que no solo no creemos que los molinos de viento son gigantes, lo que pudiera dar pretexto y voluntad para una gran acción, sino que, en nuestro afán de prosaísmo, creemos que los gigantes son molinos de viento.

Veis al Tío Sam, á quien suponemos «prosaico» y «metalizado», pues bien, á mi entender su poderío depende en mucho de

que su cuerpo desmedrado, sus quijadas angulosas y sus piernas largas tienen algo del Caballero de la Triste Figura. El millonario Carnegie en su homilía sobre *El imperio de los negocios* predica á los jóvenes: ¡sed reyes en vuestros sueños; poned todo vuestro ahínco en dejar el mundo mejor de lo que lo encontrásteis! Y el yankee, contagiado de lirismo, derrama sus dollars en asilos, en bibliotecas populares, en universidades, para calmar dolores y encender ideas en los cerebros. El oro sirve para espiritualizar aquella raza y no para ponerla en cuatro patas.

Mi mejor deseo, quizás por manía de contradicción, es ver destacarse en el horizonte de mi Venezuela, en la gloria del sol tropical, la lírica lanza y la generosa adarga de Alonzo el Bueno, y más atrás, respetuosamente y sirviéndole de espadero, el Sentido Común sobre un borrico.

PEDRO-EMILIO COLL.

Caracas, 1903.

REVISTA DE REVISTAS

LITERATURA: La modestia de los literatos.—CRIMINOLOGÍA: Nueva teoría biológica del crimen.—NOTAS: Los Asesinos.

LA MODESTIA DE LOS LITERATOS.—Es notorio—dice Federico Loliée en la *Revue Bleue*—que de tiempo inmemorial los obreros del pensamiento tienen el flaco de creerse el centro del mundo. Los ha habido sin embargo modestísimos, al menos en apariencia y á juzgar por sus escritos, como Sócrates, San Agustín, San Antonio de Padua, San Francisco de Sales, Espinosa, Descartes, Leibnitz, Rousseau, Lesage, etc.

Pero dejemos á un lado á estos escritores y vengamos á los de nuestros días, á los que nos son más ó menos directamente conocidos, para apreciar mejor su moderación. ¿Iremos á pedir á Chateaubriand alguna lección de modestia? «Ved—nos dice en su prefacio—cómo me humillo ante Dios, ante la Naturaleza, ante mí mismo.» Pero hay que leer entre líneas: «Ved cuán grande soy; excedo á mis contemporáneos en cien codos, y si me pongo á su nivel es sólo por no avergonzarme demasiado.» ¿Y Lamartine? Su imperturbable majestad y su afición á la lisonja recuerdan la anécdota de Royer-Collard: «Cuando se acaba de oír á Lamartine y se le felicita por su magnífico discurso, no se está seguro de que no os diga al oído: No os sorprenda eso, porque aquí, entre nosotros, yo soy el Padre Eterno.»

Nadie, sin embargo, llega á Victor Hugo, que escribía en 1831 en el plinto de una estatua de Napoleón: «Acabar con la pluma lo que no ha podido ejecutar la espada, gobernar el mundo y no tener Waterloo.» Vive en plena apoteosis, dando á sus palabras y á sus actos un carácter sagrado, llegando al punto de recoger los recortes y raspaduras de sus uñas, para que sirvan de fetiches á los poetas futuros; dirige al Sér Supremo carteles de desafío, y en un momento de irritación le amenaza con ir él, Hugo, á lanzarle del cielo.

¿Qué pensar de tales extremos? Pero

ahí está Stendhal, que tantas veces ha empleado su ironía en ridiculizar la vanidad. La vanidad, sin embargo, le impulsa también, y él, que se burlaba de la afectación, se teñía las patillas á los cincuenta y cinco años, y llevaba tupé postizo.

Y todos son lo mismo. Cousin, dice Sainte-Beuve, está siempre subido en el Capitolio. La fatuidad de Augusto Comte y de Saint Simón, es prodigiosa. Proudhon tiene accesos de humildad fingida, menos soportables que sus salidas de orgullosa franqueza. Alfredo de Vigny creía que no había nada superior á su persona, y que la literatura francesa empezaba en él; en su discurso de recepción en la Academia, declaraba que el público había ido allí para contemplarle. Barbey d'Aureville, oyendo decir en un salón á un joven que no había encontrado en el mundo más que dos hombres de genio, se volvió hacia él preguntándole: «¿Quién es el otro?»

Hay que reconocer que sobre los literatos de los dos últimos siglos—ha pasado un vértigo epidémico, y que la infatuación es la nota dominante de nuestra edad intelectual. Y no hemos hablado de las mujeres, ni de Dumas hijo, para quien era una verdadera necesidad vital el recibir incienso; ni de Edmundo de Goncourt, que sudaba la vanidad por todos sus poros, ni de Gui de Maupassant, que nada hubiera perdido con repetir tantas veces que era el primer escritor de su siglo; ni de Pedro Loti, que en plena sesión académica se alababa de no haber leído nada ni aprendido nada, debiéndoselo todo á sí mismo; ni de Richepin, que es un prodigio de reclamo; ni de Verlaine, cuya reputación es más debida á su exhibición diogénica que á sus versos; ni á cierto tenebroso poeta del Norte, á quien no le parece excesivo que le pongan por encima de Shakespeare.

La exageración del personalismo se expresa de mil modos; pero la manifestación característica es el afán de autobiografiarse. Los cuadernos confidenciales y las memorias llueven de todas partes. Uno nos cuenta cómo se hizo periodista, ó cómo se casó; otro, la varia suerte de sus libros; Coppé, la historia de sus gatos; Cladel la de sus perros, y no sé quién la de sus gallinas.

En todo tiempo se ha considerado á la gente literaria muy irascible. Hoy las formas de lenguaje han perdido su antigua violencia; pero empujados por su amor propio, nuestros autores se lanzan entre sí amenidades encantadoras. «Sainte Beuve es un mendrugero»—decía Victor Cousin.—«Cousin es un lacayo»—decía Beranger.—«Si me comparais con ese negro»—decía Balzac hablando de Alejandro Dumas,—dejo la conversación.»

La palma de la irrespetuosidad se la lleva Barbey d'Aureville; para él no hay antiguos ni modernos que no merezcan una frase desdeñosa: «Ese tonto de Goethe,» «ese bendito de La Bruyère,» «ese gotoso de Le Sage,» «ese patitristón de Leopardi;» así trata á las glorias consagradas, y no hay que decir cómo tratará á los demás: Julio Sandeau es para él un novelista que se ha equivocado de sexo, una suave cataplasma para los que llevan viseras verdes; Mig-

net, un Salvandy flaco, cuyo más claro mérito es el haber sido condiscipulo de Thiers; Thiers, la nulidad coronada; Feuillet, un sub-Musset, bueno á lo sumo para distraer almas de modistas; Cousin, un pobre bastardo de Hegel; Montalembert, un escritor pesado, incorrecto y terroso; Sacy, un vago desplumador de sílabas, lo infinitamente pequeño en lo seco; Leconte de Lisle, un tatuador de imágenes indias en la poesía; la *Revue des Deux Mondes*, un campo de nabos; la Academia, una Sallpêtriere de Ministros caídos y de parlamentarios inválidos. Y así sucesivamente.

Filarete Charles no le va en zaga, aunque ha dejado sus dardos para sus *Memorias* póstumas. Los *Cuadernos* de Sainte Beuve abundan también en notas incisivas. «No estoy contento—declaraba un día—sino cuando he descubierto el lado débil ó el punto flaco de un gran hombre.» A Balzac lo coloca en lo más bajo de la literatura de pacotilla; á Cousin, le llama Fedon-Scapin, y ni siquiera perdona al buen Nodier, á quien tanto había elogiado en sus *Crónicas*; Guizot, á quien tan alto había colocado, no es más que la ligereza, la insuficiencia y la falsedad andando, y Thiers «el más espiritual de los mamarrachos.» No parece sino que Sainte Beuve, había dejado para sus últimas páginas todo el ahorro mental de una vida de rencor.

La fiesta es completa en el *diario* de los Goncourt. Jamás se ha visto tan al desnudo el amor propio febril del literato, aguzado por los celos del éxito del prójimo. Tenían la reputación conquistada en buena lid, y no les bastaba. Les hacía daño, aun triunfando ellos, el triunfo de los demás, y se revuelven airados contra todo lo que brilla, así se llame Edmundo About, Teófilo Gautier, Taine, Renan, ó Pablo de San Victor.—«¡Y todos somos así!»—decía Enrique Becque.

Hay que confesarlo: el egotismo violento impera en nuestras costumbres literarias. Y en verdad, el orgullo literario es inevitable; hasta puede decirse que tiene su papel obligado en el juego de la producción. Sin las satisfacciones verdaderas ó falsas que proporciona, el trabajo de los autores en general equivaldría á un suplicio lento. Hay límites, sin embargo, que no deben traspasarse, si no se quiere caer de las alturas del amor propio que estimula y ennoblece, á los abismos del amor propio que cubre de ridículo al envidioso, empañando su gloria, si la tiene.

..

NUEVA TEORÍA BIOLÓGICA DEL CRIMEN.—¿Qué es el crimen?—se pregunta Max Nordau en *La Revue* de Paris.—Un juriscónsulto sale fácilmente del paso: «el crimen es un acto contrario á las leyes y punible.» Pero el sociólogo no puede contentarse con esa definición.

El crimen es un acto humano como los demás, y lo que importa es saber en qué difiere de los demás, por qué lo comete tal individuo y no tal otro, cuál es su significación en la psicología individual y en la economía social, cuáles son sus causas ó raíces orgánicas ó exteriores. Nada de esto nos descubre la respuesta del legista, cuya precisión

aparente es una ilusión. Si el crimen es un acto contrario á la ley, ¿es la ley la que hace el crimen? ¿Le da existencia un artículo del Código, y con borrar ese artículo se suprimirá el crimen? Un espíritu superficial responde que «sí» á todas estas preguntas, y los hechos parecen darle la razón. Lo que aquí es crimen, no lo es en otra parte; lo que ayer fue crimen, hoy ha dejado de serlo; negar la existencia de Dios, era ayer un crimen por el que le quemaban á uno vivo, y hoy puede servir esa blasfemia en algunos países para que le hagan á uno diputado; juzgar sin respeto á un soberano, se castiga con azotes ó con deportación en un país, y se estima como cosa lícita en otros. Todo depende de la hora y el lugar, y de ese modo el concepto del crimen se escapa de entre las manos. Por eso los anarquistas comparten de ese modo de ver de los legistas, afirmando que el Código es el que hace el crimen, y como no reconocen en el Código ningún valor moral, niegan el crimen mismo con irrefutable lógica, si se acepta la definición del crimen que suelen dar los manuales de Derecho.

El teólogo tampoco se apura por el fenómeno del crimen: para él, los hechos son buenos ó malos, según que se ajusten ó que infrinjan los textos sagrados. También aquí tenemos como base de un Código, y la diferencia está en que el Código del legista es obra humana, y el del teólogo, divina. En cuanto á su etiología, también sale del paso fácilmente: el diablo, el espíritu del mal, es el que inspira al hombre los hechos contrarios á la ley de Dios.

La ética científica clasifica el crimen con lo inmoral y el mal, buscándole raíces trascendentes ó immanentes, según sea espiritualista ó materialista. Para los evolucionistas, que hallan en el utilitarismo la explicación de todos los hechos humanos, el crimen es el acto que perjudica á la colectividad. Esta base parece algo más sólida, pero todavía es insuficiente; porque, ¿dónde está la medida cierta del bien público? ¿Sería criminal el Ministro que hiciera malas leyes? ¿Quién daría la fórmula de lo bueno y lo malo? ¿La mayoría? ¿Sería entonces criminal toda innovación? Por otra parte, ¿sería un bien la piratería y el robo, ejecutados por una sociedad como la de los filibusteros y las de los Estados berberiscos, por el solo hecho de que en aquellas sociedades se aplaudía al pirata y al ladrón? Definición como la spenceriana, que con tales enormidades tropieza, es inadmisibles.

La teoría de Lombroso es algo más aceptable: según esta teoría, el crimen es un caso de atavismo, es la reaparición en medio de nuestra civilización, de hechos que hoy son anómalos y que en el hombre primitivo eran normales. El hombre primitivo de Lombroso, reconstituido por el estudio de la historia, del niño y del salvaje, es el tipo opuesto al forjado por el bueno de Rousseau. Es una fiera que ejecuta corrientemente los mayores crímenes como cosa natural y corriente.

¿Por qué es un atávico el criminal? Para Lombroso, el criminal es un degenerado, y la degeneración implica la detención en el desarrollo; el hecho es innegable: todos los estigmas de la degeneración se encuentran en los crimi-

nales habituales, siendo raras las excepciones. No toda detención de desarrollo es necesariamente, sin embargo, un atavismo, y aquí está el punto en que se separa la nueva teoría de Max Nordau de la de Lombroso.

El feto humano es primeramente un zoósporo monocelular, después un gusano, después un organismo prevertebral, luégo un organismo vertebral, etc.; cada uno de estos tipos ha sido, en determinados momentos, la más alta forma de la vida entonces existente, y si el desarrollo embriológico se detiene en una de estas fases, entonces hay atavismo; pero entre cada una de estas fases hay un período de transición, y si el desarrollo del sér se detiene en ese período, hay entonces amorfismo, formación caótica, que no es lo mismo que atavismo. Para Lombroso, la parada que hace el criminal habitual en su desenvolvimiento es atavismo; para Max Nordau es amorfismo.

El concepto del hombre primitivo como criminal inconsciente es indefendible: el niño tiene instintos sociales é impulsos altruistas; el salvaje es un animal gregario, y en su tribu no es ladrón ni asesino, aunque lo sea respecto al extranjero, que para él es el enemigo. El salvaje no es un criminal, ni el hombre primitivo lo ha sido tampoco. El criminal en medio de la civilización es, por el contrario, un sér antisocial, que no respeta ninguna tradición ni distingue entre los suyos y los extraños.

¿Qué es, pues, el crimen? El parasitismo humano. Todo hábito criminal es de índole parasitaria, y eso es lo que le caracteriza y le define. El parásito es el animal que vive habitualmente sobre ó dentro de otro sér vivo de distinta especie; que no puede vivir sin su involuntario hospedaje; y que, en vez de prestar servicio, perjudica á quien le sostiene. Toda vida tiene algo de parasitaria: las plantas se nutren de otras plantas ó de animales, y los animales se alimentan de plantas y de otros animales; es pura convención llamar parásito á la lombriz solitaria y no llamar así al león, que devora á otros animales. Por necesidad de clasificación únicamente llamamos parásito al organismo explotador, que es más débil y pequeño que el explotado y se posesiona brutalmente de él.

El hombre no es naturalmente canibal; si come á otro hombre, es á su enemigo, á quien no considera como su congénere. A medida que la civilización avanza, los hombres se organizan económicamente en una gran sociedad cooperativa y mutua, basada sobre el principio del *do ut des*. El parasitismo comienza cuando en esta sociedad aparecen hombres que quieren recibir sin dar, tratando á los demás como materia primera para satisfacer sus necesidades. Esos son los primeros criminales. El parasitismo y el crimen, por lo tanto, es un fenómeno de la civilización, y no un caso de atavismo, como Lombroso quiere.

¿Por qué los hombres se hacen parásitos? Aquí Max Nordau vuelve á coincidir con Lombroso: el parasitismo es un fenómeno de degeneración. El degenerado es un débil que trata de explotar al prójimo y vivir á su costa como un parásito, y de ahí el crimen. El degenerado es poco sensible, y á ve-

ces insensible, á las impresiones materiales; y esta anestesia tiene por correlario análoga insensibilidad moral. Tres condiciones psicológicas le llevan necesariamente al parasitismo, es decir, al crimen: su insensibilidad le hace indiferente á los disgustos y dolores que ocasiona á su prójimo; su débil capacidad de inhibición le impide contrastar sus deseos y satisfacerlos en condiciones normales; el agotamiento rápido de sus centros nerviosos le impide dedicarse á un trabajo metódico y continuo para satisfacer legítimamente sus necesidades; realizado un hecho de parasitismo, en seguida se hace en él habitual, y se convierte en criminal de costumbre.

Y no es esto privativo del hombre. Hay abejas que comienzan siendo excelentes obreras; pero llega un día de hambre y encuentran en su camino una colmena extraña guarnecida de miel, y la saquean; desde entonces están perdidas para el trabajo honrado; y convencidas de que es más cómodo robar que trabajar, prefieren lo más fácil, llegando á perder hasta sus instrumentos de trabajo, las brochitas de sus patas, con las que recogen el polen de las flores; teniendo que ser ya forzosamente criminales.

Este concepto del crimen tiene amplitud y elasticidad bastante para contener toda la rica variedad del fenómeno de que se trata, dejando al crimen su carácter natural y su puesto en el cuadro biológico de la vida. Así como la salud y la enfermedad son aspectos diversos de una sola y misma cosa, la vida, así la virtud y el crimen, son puntos extremos de una misma cadena de fenómenos, en la que entran desde los tiranos y los dictadores, hasta los rateeros, acaparadores y espadachines, todos parásitos en una ú otra forma. La diferencia entre el criminal y el virtuoso es que el criminal no sabe resistir á sus deseos y pasiones; y el virtuoso tiene fuerza para dominarlas y no rebajarse al parasitismo.

El criminal es peligroso sin duda, pero es un enfermo, y como tal hay que tratarle. El criminal accidental es la víctima de una tempestad psíquica, terrible desde luégo, pero inherente á la naturaleza humana. El verdadero crimen imperdonable, perfectamente evitable y que debe ser combatido sin descanso, es la explotación social, caso tipo del parasitismo humano, no por necesidad orgánica, sino por costumbre cómoda. El gran remedio de este crimen sería una organización social que hiciera la cooperación perfecta, impidiendo el abuso de la superioridad del fuerte y asegurando al débil el minimum de medios indispensables para vivir. La doctrina que tiende á la realización de este ideal es el socialismo.

LOS ASESINOS.—Así se titula una interesante novela histórica de Nevill M. Meckin, que acaba de publicarse en Londres, y cuyo argumento extractamos de la reseña del Boletín bibliográfico de la *Revista Moderna*.

El Viejo de la Montaña, jefe de la secta de los Asesinos; se ha propuesto matar al califa Saladino, que se halla en guerra con Ricardo Corazón de León y sus cruzados. Para llevar á cabo su

propósito cuenta con Hassan, árabe conocedor del francés, por ser francesa su madre, suponiendo que por sus bellas prendas personales no tardaría, una vez alistado entre las tropas del Califa, en ser distinguido por éste y admitido en su guardia, lo que le daría facilidades para ejecutar el asesinato.

El Viejo de la Montaña, para conquistar la voluntad de Hassan, le participa que ha sido elegido para la muerte y que será colocado en el Paraíso si hace sin vacilar todo lo que le mande. Para darle una muestra de los goces que le esperan, le hace beber una copa de haschisch, que le sumerge en profundo y delicioso sueño, durante el cual es transportado al paraíso preparado al efecto: un jardín maravilloso lleno de bellísimas esclavas—huríes para Hassan—de una de las cuales, llamada Saida, se enamora Hassan, viendo recompensado su amor con las más tiernas caricias.

Después de un día de goces inefables, Hassan vuelve a beber el haschisch y se despierta lejos del Paraíso y de la amable Saida. Entonces, sabedor de que sólo asesinando á Saladino puede volver á gozar de las pasadas delicias y encontrar á Saida, acepta las proposiciones del Viejo. En el silio de San Juan de Acre, por los Cruzados, Hassan se distingue, y tras larga serie de sucesos, es admitido en la Guardia del Sultán. Impresionado por las virtudes y espíritu justiciero del Califa, Hassan vacila, y cuando llega el momento oportuno, le falta el corazón, y en lugar de asesinar á Saladino, se arroja á sus pies y se lo confiesa todo. El Califa lo perdona y lo conserva á su lado.

La secta de los Asesinos, irritada, decide la muerte de Hassan; Saida lo sabe, y por salvarle, se ofrece ella misma á matar á Saladino, á cambio de la vida de su inolvidado amante. Aceptada la oferta, parte Saida, enviada de regalo al Sultán, y en el camino es asaltada y aprisionada su escolta por los cristianos y más tarde por los musulmanes, mandados por Hassan. Este la reconoce y se estima en el colmo de la felicidad; pero al saber que Saida está destinada á Saladino, la mira como cosa sagrada y no se atreve á tocarla. Saida entonces le explica la misión de que está encargada, y Hassan logra convencerla de que debe contárselo todo al Sultán. Así lo hacen, y Saladino premia la fidelidad de Hassan haciéndole Emir y desposándolo con Saida. La venganza del Viejo de la Montaña no se hace esperar, y al día siguiente de la boda se encuentra á los dos amantes, abrazados en el lecho nupcial, con el corazón atravesado por el terrible puñal con pomo de esmeralda, signo secreto de implacable secta.

FERNANDO ARAUJO.

ZOLA Y SU OBRA

—

A continuación insertamos un artículo que nos ha obsequiado el señor Julio H. Bermúdez y que contiene sus opiniones con respecto á la obra del grande escritor y novelista, motivo y objeto de tantas, tan largas y tan notables controversias en la historia intelectual contemporánea.

Las opiniones del señor Bermúdez figuran entre las adversas, ya de antiguo

difundidas en la prensa mundial. Su forma culta y pulcra nos permite el placer de acogerlas en nuestras columnas.

ZOLA Y SU OBRA

—
PARA EL COJO ILUSTRADO.
—

Fresca aún la tierra que cubre los despojos del célebre novelista francés, surgen á diario opiniones diversas sobre el mérito de su labor y sobre la trascendencia de su obra.

A tal respecto, y sin pretender darnos ínfulas de doctos, cúmplenos exponer que la propaganda docente que aspira á perpetuarse en los siglos y á alcanzar vida inmortal, la que se agiganta á través de los tiempos y logra hacerse consubstancial con la humanidad, es la que entraña un ideal prestigioso, una reforma útil y saludable, y que tiene por base la Virtud y la Justicia.

Lo que no viene ajustado á los principios de sana moral está condenado á perecer.

La enseñanza que no puede practicarse á la clara luz meridiana, en la plaza pública ó en la tribuna del profesorado; que está proscrita del salón aristocrático y de la cabaña del pobre; el libro que no tiene cabida en las veladas apacibles del hogar ni puesto en el estante de la biblioteca escogida de la familia; el libro que nace predestinado á no ser hojeado por la mano de la espiritual doncella ó de la casta matrona; el libro que está vedado á la infancia, que se oculta á la pubertad y que rechaza la madurez; ese libro—decimos—y aquella propaganda están juzgados y sentenciados en última Instancia en el augusto tribunal de la conciencia pública.

Y esto es lo que acontece con la propaganda y con el libro de Zola.

Su escuela tiene adeptos y admiradores que llegan hasta considerar como desgracia irreparable para la sociedad la muerte del maestro.

Nosotros respetamos la ajena opinión; pero, en nuestra pequeñez, disintimos de tal parecer.

La escuela de Zola es funesta en su esencia y pernicioso en sus efectos.

El realismo no podrá nunca curar la enfermedad social.

La teoría, por muchos aplaudida, de los lacedemonios que embriagaban á sus esclavos para inculcar en sus hijos el horror á aquel vicio, no ha tenido imitadores ni ha medrado en el trascurso de las edades.

Los poemas de Longo, de acabado realismo, yacen en olvido, á despecho de su afiligranado estilo y de su pastoril, sugestivo argumento.

Porque nunca habrá de ser grato á la humanidad que se exhiban sus deformidades á voz de pregón; que sus flaquezas se saquen á la plaza, ni que se presenten en su vergonzosa desnudez sus debilidades y su miseria.

Las llagas del organismo social pueden tratarse como trata el médico las llagas del organismo físico: con el agente terapéutico indicado, que muy bien puede ser el cauterio; pero esto en la apartada estancia del hogar ó en la sala de los hospitales, y de ninguna manera en la vía pública.

No estamos distantes de creer con los adeptos de Zoia que en las obras del maestro se fustigue el vicio y se procure el mejoramiento social; pero hay que convenir en que no es de ninguna manera aceptable el medio escogido para ello.

Despojado, por razón de escuela, de todo idealismo; proscritos los nobles impulsos del corazón y las generosas tendencias del espíritu; disecadas en el anfiteatro de la materia las fibras que engendran al héroe, al redentor, al apóstol ó al mártir; recargado de cuadros en que predomina lo erótico; en que el adulterio se ostenta con refinamientos de falaces halagos; en que el médico se pone al servicio del crimen y el magistrado se vende al mejor postor; en que el amor deja de ser el nobilísimo espíritu que puebla los mundos para convertirse en contrahecho mercurio de baja ralea; en que la hipocresía, el dolo y el tanto por ciento constituyen la piedra angular del edificio social, el libro de Zola nace herido de muerte, á pesar de la incomparable belleza de su estilo y de su magistral paleta de paisajista.

Los tipos de sus novelas, repugnantes y soeces, hipócritas y venales, no alcanzan jamás á inspirar simpatías; se les rechaza con prontitud, á la manera que con prontitud nos apartamos de la cloaca cargada de emanaciones pútridas que encontramos al paso.

Al terminar la lectura de un capítulo de cualesquiera de las obras de Zola se siente fustigado el cerebro y presa el ánimo de apocalípticas alucinaciones.

Y luego de leído todo el libro ¿qué impresiones hanse experimentado en conclusión?

Desgarradoras y tristísimas, cuasi comparables á las que experimentase quien contemplara las ruinas de la aldea en que, por inesperado cataclismo, para siempre quedaron sepultadas, junto con el floreciente patrimonio, las más caras afecciones del corazón!

JULIO H. BERMUDEZ.

Caracas.

DE LA INFLUENCIA ALEMANA

—
Traducido del *Mercur de France*.
—

Siendo niño, allá, en mi país natal, en Nicaragua, recuerdo haber tenido, por primera vez, la sensación de la influencia alemana, gracias á cierto asunto Eissenstuck: el pequeño puerto de Corinto amenazado por los cañones de los navíos de guerra alemanes. No fue sino mucho más tarde cuando leí la *Crítica de la razón pura*....

Después de haber recorrido casi toda la América española y de haber residido algún tiempo en varias de las diferentes repúblicas, creo poder afirmar que las ideas alemanas no han encontrado buen terreno en nuestro continente. A medida que la civilización ha hecho progresos, el pensamiento naciente ha buscado sus vías, en los tanteos de una investigación ardiente y entusiasta. Desde el punto de vista filosófico y moral, se ha seguido durante algunos años el antiguo surco español. Pero una tendencia

continúa hacia el progreso ha hecho que cada movimiento de ideas en Europa haya tenido su repercusión entre nosotros. Las «ideas ancestrales», como las llama Pablo Adam, han fructificado sobre todo; la savia mental latina ha permanecido indestructible, no obstante la vecindad del poderoso elemento bárbaro.

Toda gran voz humana se ha hecho oír en Hispano-América por órgano de Francia. La América latina, desde la Revolución, ve en Francia su verdadera madre patria.

Cuando una especie de movimiento filosófico fue causado en España, por un mediocre profesor alemán, por lo demás poco estimado en su país—me refiero á Krause—el contagio no pasó el Atlántico y la América Española escapó á él. Por el contrario, Augusto Comte encontró allí grandes simpatías, y su doctrina encontró discípulos y apóstoles. Si hoy Nietzsche tiene cierta influencia intelectual, es solamente después que pasó por París.

Verdaderamente, parte de la juventud americana se ha educado en Alemania y ha ganado con ello desde el punto de vista profesional. Conocemos el médico que conserva en el rostro la cuchillada de los estúpidos duelos de estudiantes y que sufre de una dilatación de estómago causada por las brutales y obligatorias libaciones nacionales. En los medios intelectuales, las miradas no se vuelven hacia Berlín, ni hacia Roma, sino hacia París. Aún más, algunos de nuestros mejores espíritus, que por descendencia y por cultura, tienen más de un punto de contacto con los alemanes, —como el doctor Bunge, de la República Argentina, autor de una notable obra sobre *La Educación*, el colombiano Pérez Triana y el centro-americano Ramón Salazar—denotan, voluntariamente ó nó, por la lógica y la claridad de su estilo, la influencia de los pensadores y de los escritores franceses.

Chile es tal vez el sólo país de la América Española donde el espíritu alemán ha hecho algunas conquistas. De Ventura Marín á Valentín Lételier, los estudios filosóficos han dado un paso enorme, desde la escuela católica—escolástica española hasta la enseñanza moderna universitaria alemana. En suma, después de las doctrinas de un Las-tarría, no creo que las ideas de Lételier, que representa las mayores tendencias germánicas en Chile, tengan mucha influencia en sus compatriotas.

Las victorias alemanas sobre Francia han causado naturalmente en estos países nuevos un acrecentamiento del militarismo. La divisa chilena parece en verdad haber sido concebida por Bismarck: *Por la razón ó la fuerza*.

En cada pequeña república, ha habido siempre un pequeño conquistador que quiere hacer de su país una pequeña Prusia. El resultado del progreso ha sido la importación del instructor alemán, del casco de punta y del paso gimnástico marcial. En ciertos gobiernos se ha implantado una moral al uso de los tiranos. Pero esos gobiernos han caído, caen ó caerán pronto bajo el impulso del pensamiento nuevo, de la mejor cultura y de la dignidad humana. Los

sud-americanos que meditan sobre la verdadera grandeza de los pueblos, los hombres de buena voluntad, no se hacen ilusiones sobre la virtud y grandeza del alma alemana. Conocidos son los célebres versos de Arndt:

*Deutsche Freiheit, Dentscher Gott,
Deutsche Glanbe, ohne Spott,
Deutsches Herz und Dentscher Stahl
Sind vier Helden allezumal.*

Y sabemos que la libertad de los alemanes es tal que no hay, por decir así, día sin proceso de lesa majestad, que el Dios de los alemanes no es otro que el Dios bíblico de los ejércitos, su protector en Sedán; que respecto á su buena fe sin burla, Julio Favre supo lo que valía por el Canciller de Hierro, como París sitiado lo aprendió por Wagner; sabemos que el acero alemán cuesta muy caro á las pobres naciones militarizadas de la América Española que tienen la desgracia de poseer un agente de la casa Krupp.

RUBÉN DARÍO.

SUETOS EDITORIALES

DUERO

Recientemente han fallecido en esta capital: el señor doctor SALVADOR DE LA PLAZA, médico de apreciable reputación; la señora DOLORES P. DE ROIG FEBLES y la señorita AMELIA MONTERO, ambas jóvenes, casi niña la última.

Reciban los deudos de los finados las expresiones de nuestro pesar por el luto que entristece sus hogares.

GENERAL FRANCISCO CARABAÑO

Después de una larga vida de merecimientos ha bajado á la tumba este notable ciudadano, que fue hombre público de austeras virtudes, reputado servidor de la Administración nacional y excelente padre de familia.

Desempeñó la Cartera de Guerra y Marina, entre otros cargos de importancia, y dejó gratos recuerdos que hacen más deplorable aún su fallecimiento.

A su apreciable familia presentamos el testimonio de nuestra condolencia.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LA ISLA DE PATOS.—Trabajo histórico del General M. Landaeta Rosales.

EL DERECHO DE EXTRADICIÓN.—Tesis desarrollada por el bachiller Julio César Silva, para optar al grado de Doctor en Ciencias Políticas.

INFORMES ante la Alta Corte Federal, de los abogados de la Sucesión Rudloff en la demanda que tienen intentada contra la Nación.

Nuestras expresivas gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Cuadros de Tovar y Tovar

Continuamos la reproducción de algunas de las innumerables obras que nos ha dejado el lamentado artista.

Las copias del presente número representan vistas del vecino litoral, bloqueado hoy por las escuadras aliadas.

El pincel del maestro fue vigoroso y fiel en la reproducción de las orillas acantiladas y del oleaje tempestuoso, que hacen de la mayor parte de nuestra costa marítima un serio peligro para los desembarcos rápidos, los cuales no podrían verificarse sin un penoso gasto de tiempo, dado el desgraciado caso de un descenso de tropa armada sobre nuestras playas.

Venecla

En la memoria de los que la han visto acariciado por el Adriático en los rientes días italianos, ó envuelta en las noches románticas de sus lagunas; y en la imaginación de los que la sueñan, vive con todas las preases de su historia, de su ventura y sus dolores, de sus maravillas de arte y de industria, ó con los prestigios de sus leyendas, la sirena amiga de la luna, camarada de los novios felices, amante bendecida por todos cuantos llevan en el alma un grumo de las poesías de la ilusión.

Poesía que asciende de esas aguas del *Canalazzo*, del murmullo de los vendedores, de las bandadas de blancas y tornasoladas palomas de San Marcos, de las islas resplandecientes, de las sombrías siluetas del Palacio Ducal—atado á las negruras del misterio por el Puente de los Suspiros—, de todos los nombres ilustres que llenaron Venecia, que fueron su gloria y que son hoy divisa y blasón de sus monumentos blanco y rosa: Faliero, Morosini, Fóscari, Sansovino, Vittoria, Tintoreto, el Veronés.

Tratado de Coche

El cuadro es obra de Tovar y Tovar. Representa el momento en que se firmaron, en el lugar de *Coche*—cerca de esta capital—los preliminares del convenio de paz que puso término á la guerra que se conoce en nuestra historia con el nombre de *guerra de los cinco años, guerra larga ó Federación*.

Mandaba los ejércitos federales el señor general Juan Crisóstomo Falcón y era su Secretario General el señor general Antonio Guzmán Blanco; presidía el Gobierno, como Jefe Supremo de la República, el señor general José Antonio Páez, y servía de Secretario General, designado para Sustituto, el señor doctor Pedro José Rojas.

El general Falcón nombró al señor general Guzmán Blanco, jefe del ejército del Centro, cuya jurisdicción comprendía los actuales Estados Guárico, Carabobo, Aragua y Miranda, conservándole al nombrado su carácter de Secretario General.

A la par de algunas operaciones militares y acciones de guerra en el territorio de su mando, el Secretario de la Federación entró en tratos con el Secretario de la Jefatura Suprema, con el objeto de llegar á un arreglo pacífico y para ambas partes honroso, del largo debate bélico que hacía cinco años ensangrentaba á Venezuela.

En la hacienda de Coche, próxima á Caracas, celebraron su primera entrevista un guerrero culto que representaba la causa militante y un estadista de dotes distinguidas, dócil á los reclamos de la civilización y de

la humanidad. El tratado preliminar fue firmado allí, el 24 de abril de 1863, y publicado al día siguiente, en el número 99 del «Registro Oficial;» se estipulaba en él: el reconocimiento del gobierno del general Páez y de su Sustituto; la convocatoria de una Asamblea Nacional, elegida de por mitad entre el Jefe Supremo y el de la Federación; la entrega del gobierno á esta Asamblea; el nombramiento del señor general Falcón para primer Jefe de los Ejércitos de la República y el del general Facundo Camero para segundo.

Conocido este convenio en Caracas por el Jefe Supremo y el Consejo de Estado, fue llevado al general Falcón á sus campamentos, acompañando al señor general Guzmán Blanco, por parte del Gobierno, los señores generales José Célis y Pedro Advíncula Uzcéin.

Modificado el tratado de 24 de abril, fue firmado el definitivo el 22 de mayo de 1863, quedando convenido: la convocatoria de la Asamblea, elegida en la forma indicada; cesación del Gobierno; nombramiento del Provisorio; cesación de las hostilidades.

El señor general Páez convocó, el 6 de junio, la Asamblea y ésta se reunió en la ciudad de La Victoria el 17 del mismo mes, resignando en ella, desde Caracas, el Jefe Supremo el ejercicio del Poder Nacional.

Escena carnavalesca

Desde sus orígenes paganos, las fiestas del carnaval se celebraban en cierta época del año, como una extrema expansión del contento y del bienestar de los pueblos. El carnaval es una persistencia, un recuerdo de las antiguas *lupercales*, *bacanales* y *saturnales*.

Alegre fiesta, de ruidosa alegría, de extravagancias y de loca algazara, todas las naciones que estuvieron bajo el dominio romano, ó que sufrieron la influencia greco-latina, la adoptaron y adaptaron á sus costumbres, modificándola en detalles, según sus tradiciones, su temperamento, sus cultos ó su carácter.

El Cristianismo combatiente, que tuvo que tomar numerosos elementos exteriores de propaganda y de catequismo á la gentilidad vencida, transportó ó toleró las fiestas carnavalescas á la nueva vida social. Empero, los godos, cuando se apoderaron de España, parece que no estaban de acuerdo con semejantes francachelas establecidas por los conquistadores anteriores, bien que ellas persistieron hasta el advenimiento de los árabes, los cuales sí gustaron grandemente de las fiestas de farsa y oropes.

En Bohemia, y sobre todo, en la alta Moravia, es en donde ha conservado más su carácter primitivo, en escenas como la que reproducimos.

Cain

La Biblia ha querido que el Símbolo de las persecuciones del vicio á la virtud, sea tan antiguo como el mundo. Al relato maravilloso de la Creación, al rápido idilio edénico, sucede inmediatamente la primer tragedia, el triunfo siniestro de la perversidad sobre toda inocencia.

A pesar de las condenaciones de Jehová,

á pesar de la leyenda, de la filosofía y de la historia, á pesar de las ficciones que le representan milenario, desnudo como eternamente primitivo, prócer de pesadumbre, errante, vive Caín, y va por la tierra seguido de su prole infamada y dañosa, que, como en los días primeros, se mezcla á la buena estirpe y la corrompe y la prostituye.



Las armas y las letras

Son interesantes los presupuestos comparativos de guerra (Guerra y Marina) y de instrucción pública en diferentes naciones que da *La Revue*:

	Guerra.	Instrucción pública
Estados Unidos.	935 millones.	925 millones.
Inglaterra.....	1.500 " "	256 " "
Alemania.....	975 " "	253 " "
Francia.....	575 " "	200 " "
Italia.....	485 " "	49 " "
Suiza.....	24 " "	41 " "

Añadiremos España con 144 de guerra y 43 de instrucción pública.

Estas cifras no pueden ser más elocuentes.

Esponjas para hacer dedos

Un médico de Pasadena (California), el doctor Abboff, acaba de efectuar dos operaciones notabilísimas, consiguiendo crear nuevas puntas de dedos que por uno ú otro accidente habían desaparecido. En ambas logró que los dedos mutilados crecieran algo más de un centímetro.

En el primer caso tratado por el profesor, sólo había quedado un centímetro escaso de uña en el dedo herido, y al cabo de dos ó tres días el pellejo comenzó á cerrarse en la punta del dedo. Entonces empezó el doctor su tratamiento, guiando las granulaciones por medio de injertos de esponja, colocados de manera que las granulaciones crecieran hacia adelante y guiando el pellejo hasta que fuera ocasión de darle la vuelta á la punta del dedo.

El otro paciente á que antes nos hemos referido fué á ver al doctor Abboff dos semanas después de haberle ocurrido el accidente. De la punta del dedo índice de la mano derecha le había desaparecido la carne en una extensión de más de centímetro y cuarto, y, como es natural, no existía la raíz de la uña.

Ambas operaciones se efectuaron del modo siguiente: previamente anestesiado el enfermo, se le hizo una incisión en línea recta á través del muñón del dedo, hasta alcanzar la raíz de la uña. En la punta del muñón se practicaron cuatro cortes en forma de triángulo, cuyos vértices tocaban con el primer corte, y sus bases descansaban en la circunferencia del muñón; de modo que cuando se enderezaba el dedo, se formaba una corona al rededor del muñón, exceptuando la parte de la raíz de la uña.

Dentro de esta corona, que estaba en contacto con la desnuda punta del dedo, se puso el injerto de esponja, en la cual se desarrollaron las granulaciones. La esponja se sujetó con un emplastro adhesivo, rodeado de

Veritas, Veritatis.

De todas las preparaciones similares conocidas es indudable que tiene conquistado un puesto muy preferente otorgado por el voto unánime de la clase médica y de la opinión pública, la célebre é incomparable

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa.

Constituída por tónicos directos de la medicación hematógena, que propenden á reparar las pérdidas del líquido sanguíneo, haciéndole recobrar su composición normal, llena cumplidamente su indicación en todos los casos en que se encuentra deficiente ó alterado factor tan importante de nuestra organización.

En los países intertropicales las pérdidas que experimenta el organismo debido á las copiosas diaforesis originadas por las altas temperaturas y su frecuente volubilidad, traen como consecuencia estados de debilidad general y afecciones del aparato respiratorio, que la Emulsión de Scott infaliblemente regenera y combate ventajosamente.

Exíjase la verdadera de Scott.

De venta en las Boticas.
SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

12 A

gasa, y se conservó constantemente húmedo con una disolución de sal á la temperatura normal. Diariamente se empapaba la esponja con una mezcla compuesta de una disolución de peróxido de hidrógeno, otra de ácido bórico á saturación y agua esterilizada caliente, renovando cada tres días la esponja y el emplastro.



Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullie & Ca. marca La India, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca La India, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA Phosphadine Fullie

es un alimento completo DE FACIL DIGESTION para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos De venta en los principales establecimientos de la República

Contra las ENFERMEDADES NERVIOSAS

VÉRTIGOS PALPITACIONES EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las CÁPSULAS DEL DR CLIN al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS y en las Farmacias. 636

Libros de Registro para 1903

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

Trabajo 86.

PUREZA DEL CUTIS en París

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

para ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOZES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

CANDES 474

87 St-Denis, 48

GOTA LICOR DEL DR. LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS EN TODAS LAS FARMACIAS 613

REUMATISMOS

Maravilloso resultado. — El Doctor Manuel Guillermo Avelo, médico cirujano de la Universidad Central de Venezuela,

Certifica: Que ha usado la Emulsión de Scott en las bronquitis crónicas, en la tuberculosis pulmonar de marcha tórpica, en el raquitismo, y en todas las demás manifestaciones de la escrofulosis, obteniendo siempre maravillosos resultados.

Cómo se crían los metales

¿Dónde va á parar el metal que envejece y se queda inútil? Por fuerza se volatiliza, porque si no fuese así hace largo tiempo que el suelo de los países civilizados estaría cubierto por una gruesa capa de escombros metálicos, que haría imposible la circulación, el trabajo y la vida animal y vegetal. Mucha parte de ese metal vuelve á las fundiciones para salir convertido en objetos nuevos y relucientes. Pero esa obra de regeneración no debe ser suficiente, ó quizás las necesidades de la industria humana van más de prisa que ella, porque ni por un momento se dejan de buscar y de poner en explotación minas nuevas y de arrojar sobre el mercado nuevas cantidades de metal, sin que el mundo se vea jamás saciado de él.

Cuando se reflexiona sobre esto no queda en el ánimo duda alguna de que una parte considerable de los metales desaparece por completo de la circulación, dejando un vacío que á duras penas llena el rudo trabajo de cientos de miles de mineros.

¿Qué se hace de esas enormes cantidades de

metal que desaparecen? Están en lo cierto los que creen en la inmortalidad de los metales y en su continua regeneración. Sólo que esta regeneración no se verifica, como se figuran, en las fundiciones ni en los talleres construidos per la mano del hombre, sino en las entrañas de la tierra, el gran laboratorio donde se fabrica *insecula seculorum* todo lo que existe y á donde vuelven los metales á comenzar una evolución nueva. Tal es la tesis, de gran alcance filosófico, que sostiene el profesor Ditte con la gran autoridad de que disfruta en materia de química de los metales.

Previendo Dios que fatalmente podía llegar el día en que la humanidad, sumergida bajo la ola creciente de hierro viejo, quedaría condenada á morir de una metalitis aguda, tomó la precaución de mezclar en nuestra atmósfera un tanto de ácido carbónico y de vapor de agua. No se necesita más para acabar con los metales más resistentes, los cuales, bajo la acción continua del aire y de la humedad, van perdiendo poco á poco su volumen y su peso hasta que no queda de ellos más que un poco de polvo.

El hierro mismo y el acero, lo que tantas veces se toma como emblema de la dureza, de la solidez y de la resistencia, no resiste en realidad más que un terrón de azúcar. Positivamente, y sin metáfora, se derriten como azúcar, con la sola diferencia de que tardan un poco más tiempo en deshacerse. Quizá úni-

camente el oro y el platino se muestran casi inalterables y más refractarios á las reacciones químicas del ambiente. Mas no por eso se libran de gastarse y desaparecer á la larga como los demás metales, bajo la influencia de las acciones mecánicas, tales como el roce, etc.

A medida que los metales se alteran por la acción incesante de las fuerzas químicas, tienden á volver á pasar por sus formas anteriores hasta que de nuevo alcanzan el estado primitivo del mineral del cual fueron extraídos. Véase, por ejemplo, el hierro ó el estaño, que se encuentran generalmente en estado de óxidos; oxidándose, es decir, volviendo á ser óxidos, se descomponen y mueren como si volvieran á la infancia. El cobre, que se extrae sobre todo de los sulfuros, desaparece al sulfurarse, lo mismo que la plata. Por último, el plomo, cuyos principales yacimientos consisten en galenas y en cerusa, es decir, en carbonatos y en sulfuros, degenera cuando le llega su hora, en sulfuros y en carbonatos.

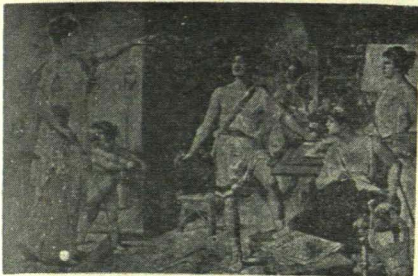
Todas estas sales metálicas, procedentes de la desorganización de los metales industriales, se diseminan bajo forma de polvo sobre la superficie de la tierra, donde se mezclan más ó menos íntimamente con los otros elementos del suelo. Las aguas los arrastran mineralizándose con su contacto hasta las profundidades del globo. Allí, en aquel inmenso laboratorio siempre en actividad, vuelven á ser cogidos

EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año 1903

Está á la venta



J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

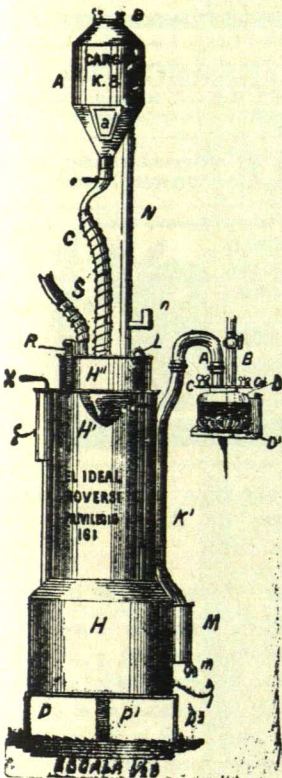
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Aparato sistema Roveral—Carburo de calcio de \$ 7 á 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones—Quemadores, Bunsens, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas.—EL IDEAL á rajita de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela, Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vitral—Marmolería Roveral—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldívar—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados
Carga de k 1 á k 50 — Valor: de \$ 10 á \$ 250

EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES

Estas píldoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Perniciosas, la Grippe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.

Deposito General, Dr. Paul GAGE Hijo, F^o de 1^a cl., 2, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

DEL DR. GUILLIE

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO**, las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** y las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

ERGOTINA y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
Las Grazeas hacen mas facil el labor del parto y retienen las pérdidas.
AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Medalla de ORO de la S^{ad} de F^{ia} de Paris.
LABELONYE y C^o, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

ACRIDUD DE LA SANGRE

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CELEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Medicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL** Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO **TRATAMIENTO Complementario del ASMA.** Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Eritriala, Tuberculosis.

102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

por el eterno torbellino de las reacciones químicas, que no cesan de metamorfosear la materia indestructible, y, por último, vuelven á reconstituir los minerales que en el curso de los siglos alimentarán para las industrias del porvenir nuevos yacimientos metalíferos.

Así es como se regeneran y se rehacen los metales, sin que el hombre tenga nada que ver en esas operaciones.

Otra cura para el mareo

La abundancia de remedios está generalmente en razón con sus malos resultados. En este punto el mareo es una de las dolencias más rica en remedios y más pobre en curas eficaces.

Apuntemos un nuevo sistema de curarlo, valga por lo que valiere. A éste lo recomienda la anatomía y la fisiología.

Considerando que el cerebro es el centro nervioso de los vómitos, es vecino del centro respiratorio; un médico alemán, Heinz, recomienda á las personas que están á punto de sufrir

el mareo que hagan inspiraciones profundas y frecuentes. Con este artificio la excitación del centro vomitivo se deriva hacia el centro respiratorio y se ven desaparecer rápidamente náuseas que parecía imposible dominar.

Hablando fisiológicamente, esto parece lógico. El autor afirma, además, que la práctica ha confirmado sus teorías y que ha tenido ocasión de comprobar muchas veces la eficacia del procedimiento que preconiza.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

y la Dirección 40, Rue Bonaparte, PARIS

al Ioduro de Hierro inalterable.

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 Da al cutis la blanquura escarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, P.A. R. T. G.
 Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazaras.



RECOMPENSA NACIONAL
 de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
 Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
 Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
 Paris. 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO

CREMA Y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSE, 1, Rue J.-J. Rousseau PARIS
 Se vende en las principales Barberias, Perfumerias, Farmacias y Bazaras.

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 50 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

Los dolores de muelas y la vista

Ocurre con más frecuencia de lo que se cree que las personas que sufren de la dentadura observan que se les va debilitando la vista.

Este es fenómeno que conocen muchos dentistas.

Al arrancarse las muelas ó los dientes enfermos, sucede casi siempre que la vista vuelve á recobrar su fuerza y su claridad, si es que no se pone mejor de lo que estaba antes.

Los dolores que afectan á los nervios de las muelas, afectan también á los de la visión.

EL APIOL de los Dros JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

POUDRE, SAVON &
 CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre
 Rehúcese los productos similares
 J. SIMON
 13, r. Grange-buteleire, Paris



cha dos muelas que tenía cariadas, y en el camino de la casa del dentista á la suya propia recobró la vista.

La figura humana.—La belleza de la mujer

Con el título de *La belleza de la mujer* publicó en alemán el doctor Stratz, y ha traducido al francés Mr. Robert Woltz, un libro muy interesante para los artistas, en el cual se hace un detenido estudio de la belleza femenina en todos sus pormenores y más recatados y misteriosos detalles.

En dicho libro se estudian, además de las proporciones del cuerpo de la mujer, las influencias que ejercen en él el género de vida, la alimentación, la edad, la herencia, el clima, el vestido, etc., etc. También se pasa revista y se analiza con toda precisión el valor estético del color, de la actitud y del movimiento.

Va el texto acompañado de 170 grabados, que le ilustran y explican.

Claro es que esta obra, presentada con verdadero lujo por la casa editorial de Gauttier, Magnier y Compañía, y publicada bajo la dirección del doctor Paul Richer, de la Academia de Medicina de París, tiene un objeto puramente didáctico, aunque no carece de amenidad.

Varia

Sarah Bernhardt es, entre las actrices que aún viven, la que más dinero ha ganado y ha gastado. Calcúlase que en veinte años ha cobrado 18.000.000 de bolívares.



En los anales médicos contemporáneos se refiere el caso de una muchacha de quince años á quien empezó á debilitársele la vista y acabó por quedarse ciega. Así estuvo una semana. Los médicos no sabían á qué atribuir la dolencia; únicamente comprobaron que las pupilas estaban dilatadas é insensibles. Por entonces arrancaron á la mucha-